



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

ANDRÉS

César Torre

EL MONSTRUO ENCADENADO

50 Ptas.



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© CESAR TORRE

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03546-3

Depósito legal: M. 21.158 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

EL MONSTRUO ENCADENADO

César Torre

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

«EL MONSTRUO ENCADENADO»



El buscador de setas jamás ascendía hasta aquel lugar del bosque, porque su dueño solía disparar sobre los intrusos, o azuzarles sus fieros canes «doberman». Pero, aquel día, el buscador tenía un encargo muy bien pagado y por eso, acompañado de su hermoso perro alano, se aventuró a adentrarse por la azulada oscuridad del bosque. Iba hacia lo alto del torrente, allá donde aún giraba la noria de una vieja serrería. Y lo hacía a su pesar, pues las ruinas de la factoría no eran un grato espectáculo.

El buscador había recomendado silencio a su perro, y cortaba apresuradamente las setas, aturdido por el estruendo del agua y de la rueda de la noria, siempre girando.

El alano le precedía, olisqueando las setas, y el hombre iba recogéndolas muy deprisa, pues temía mucho al dueño de aquella propiedad, a su rifle, y a sus perros. Además, aquel lugar resultaba en verdad siniestro.

Era ya muy tarde y quedaba poca luz. El buscador de setas lanzó una inquieta mirada a la serrería. La parte baja, de piedra, empotrada en la tierra, estaba aún en buenas condiciones. Había una puerta. Y fue precisamente al mirar aquella puerta cuando el buscador percibió como si un aire frío le envolviera. Fue como una helada sensación de peligro.

—¡Vamos, adelante, «Nelson», que ya acabamos! —le dijo a su perro.

El gran alano, de cincuenta kilos de peso, estaba como petrificado y también parecía temblar mirando aquella puerta. No obedeció a su amo. Este, imaginando que no había oído su orden a causa del estruendo del agua, le gritó. Y el perro, en lugar de acercársele, lanzó un largo y angustiado aullido y, dando media vuelta, se alejó a viva carrera, desapareciendo de su vista. Era la primera vez que «Nelson» abandonaba a su dueño de aquella innoble manera. El buscador supuso que el perro había visto algo en aquella puerta, y preguntó, a media voz.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien ahí?

De la profundidad del sótano brotó entonces un ruido, apenas perceptible sobre los otros ruidos. Pero el hombre lo advirtió. Era como un gemido prolongado, que hizo que el cesto se le escapara de las manos. Ahora, hasta le parecía que era observado. Miró de nuevo la puerta, seguro de que un peligro le acechaba. Y entonces sonó el grito. Un grito terrible siniestro y prolongado, como deben ser los gritos de los condenados en el infierno. El buscador de setas, gritando también, de pánico, rompió a

correr, huyendo del lugar.

Capítulo 1



El camino estaba bordeado de viejos muros de piedras sueltas, cubiertos de trepadoras. Tras de ellos se prolongaban los bosques, ya amarillentos por el otoño que se iniciaba, de olmos y hayas.

Y en cada entrada, en cada camino lateral que conducía a alguna pequeña casa de piedra y pizarra, las flores estallaban: tornasoles, malvas rosas, fucsias... Flores modestas, las últimas del año, sobre las praderas amarillentas, doradas.

La agreste belleza de Cornualles, su campo rocoso, se ofrecía allí en todo su esplendor. Al fondo, hacia el Norte, se iniciaba el páramo y las colinas blancas de caolín, que se molía y enviaba a todo el mundo para la fabricación de porcelanas.

Por el camino que utilizaba Susan Fuller, pedaleando sobre una vieja y pesada bicicleta, y que conducía hacia el páramo, se llegaba a algunas pequeñas granjas, y también a antiguas viviendas de pescadores, utilizadas ahora por artistas plásticos que las habían pintado de chillones colores. Pero su destino final era la gran mansión Dozmare, la fastuosa residencia de granito y pizarra gris en la cual vivían aún los miembros de la gran familia que, según las tradiciones, descendían por alguna rama del Rey Arturo.

Susan Fuller remontó con esfuerzo una cuesta y llegó a la bella pradera Dozmare. La casa quedaba casi oculta tras de los árboles. La casa principal y las distintas edificaciones que la rodeaba.

Ante el porche de gruesas columnas estaba detenido un automóvil de modelo antiguo, brillante y magnífico.

Susan Fuller estaba sofocada. Y el sofoco le sentaba muy bien a su bello rostro juvenil, de piel suave y perfecta, de azules y enormes ojos, de ovalo ideal. Tenía el pelo corto, como de muchacho, de un rubio dorado, luminoso.

Como no le era posible remontar la última subida, Susan desmontó de la bicicleta, y terminó el recorrido a pie, llevándola del manillar.

Era una joven esbelta, que calzaba zapatos deportivos y vestía sin la menor coquetería. Llevó la bicicleta a un cobertizo que había sido cochera y cuadra para después convertirse en garaje. Y la puso junto a una pared, recostada en el muro.

Luego fue caminando sobre la grava, pasó junto al coche, y penetró en la casa. La puerta, de sólido roble claveteado, estaba abierta.

Dozmare era una casa en franca decadencia. Se apreciaba en muchos detalles; toda ella estaba falta de una restauración, de pintura, de un cambio de alfombras y cortinas. Era de todos modos, impresionante, y bella.

Susan atravesó al vestíbulo, silenciosamente, caminando con cuidado, en dirección a la puerta, bajo la gran escalera de piedra, que conducía a las cocinas y a las habitaciones del servicio.

Estaba en el centro del vestíbulo cuando se oyó una voz agria y seca que gritaba:

—¡Susan!

La joven enrojeció levemente. Solo un instante. Inmediatamente sonreía, con resignación.

Se había detenido al oír el grito. Luego desvió sus pasos, dirigiéndose hacia una gran puerta entreabierta. Al otro lado, en un salón que acusaba de un modo más notorio el mal estado de la casa, esperaba, en pie, una mujer delgada y nerviosa, de unos treinta años.

—¡Susan! ¿Cómo has tardado tanto? Solo tenías que ir a la oficina de correos; te he estado esperando...

—Es que... perdona, Virginia. Aproveché para ir a ver a mi madre, casi nunca tengo ocasión...

—¡Muy bien! ¡Perfecto! ¡Te mando a llevar una carta y tú te marchas por ahí a perder tiempo, olvidando tus obligaciones! ¿No sabes que hoy tenemos invitados a cenar, y que la cocinera nos dejará en ridículo si no se la vigila?

—Perdona... aún es pronto. Tengo tiempo de ocuparme de la cena.

—Bien, bien... no he querido molestarte, Susan. Eres muy libre para disponer de tu tiempo y para despreocuparte de nosotros; el que hayamos cuidado de ti desde niña no te obliga a guardarnos ninguna consideración especial. Ya sé que piensas que te abrumamos de trabajo. Puedes hacer lo que quieras, ya lo sabes. Por cierto... ¿cómo está tu madre? ¿La encontraste... serena? ¿O quizá dormía aún la borrachera de anoche?

Susan bajó la cabeza, palideciendo. Virginia Rachel, hermana de David Rachel, el dueño de Dozmare, sonreía. Y como Susan no contestaba, repitió.

—¿Estaba bien, Susan? ¡Te he hecho una pregunta muy sencilla!

—Sí, estaba bien.

—Me alegro. Imagino que continuará encerrada en aquella horrible

casas. Es muy de elogiar que la recuerdes de vez en cuando, considerando el modo como te abandonó. ¿Quieres, si eres tan amable, comprobar si la cocinera recuerda que tenemos esa maldita cena?

—Sí. Ahora mismo, Virginia.

Susan Fuller salió del salón, seguida por la fría y sonriente mirada de Virginia Rachel. Su verdadera misión, aquella que Virginia no había mencionado, no era discutir el menú de la cena, sino conseguir que la cocinera y los demás criados aceptasen aquel trabajo extraordinario, considerando que se les debían varios meses de sueldo.

La cena fue servida, en magníficas vajillas que ayudaban a disimular la modestia de la comida y la mediocre calidad de los vinos.

En torno a la gran mesa de caoba se sentaban los Rachel: David, el jefe de la familia, un hombre de hermosa apariencia, altivo y seco. Su esposa Lisa, eternamente distraída, ausente; una belleza etérea que causaba una gran impresión cuando se la conocía, y a la que se olvidaba muy pronto. La hija de ambos, Carolyn, bella pero insignificante, que representaba quince años aunque tenía más de dieciocho. Y Virginia la hermana de David, el verdadero jefe de la casa, que jamás había declinado sus derechos de gobierno ante la claudicante Lisa, y que constantemente le recordaba a la esposa de su hermano que era una intrusa, mientras ella, Virginia, era una Rachel.

Junto a David se sentaban los dos invitados. Dos caballeros llegados de Truro, y que parecían impresionados por la casa y por la familia. Y en un extremo de la mesa estaba Susan Fuller, que había sido presentada a los invitados del siguiente modo:

—Esta es Susan, nuestra querida prima Susan. Vive en Dozmare desde que murió su padre, y alegre esta vieja casa con su belleza.

Susan, aunque vistiera ropas desechadas de Virginia y de Lisa, estaba realmente hermosa, y los dos invitados la miraron con entusiasmo, hasta que Virginia, con una observación cualquiera, les obligó a desviar su atención.

Al terminar la cena, Virginia ordenó a Susan, autoritariamente:

—Susan. Di que sirvan el café a los caballeros, en la biblioteca.

Era una forma de marcar claramente la posición de Susan en la casa, sobre todo, porque a Virginia le irritaban las miradas admirativas que dirigían a la joven los dos invitados.

Los tres hombres salieron del comedor. Entonces Virginia suspiró, murmurando.

—La cena ha sido horrible. ¿No te parece, Lisa?

Lisa Rachel preguntó:

—¿Qué? ¿Qué ha sido horrible?

—¡Bah! ¡Es indignante, Lisa! sabes lo importante que es para todos que David impresione favorablemente a esa gente, y ni siquiera has prestado

atención a lo que se hablaba. Y tu hijita bien podría disimular un poco su aburrimiento.

Carolyn se alzó de hombros.

—¡Me tiene sin cuidado lo que pienses! Tú no vas a volver a atraparme para otra encerrona como esta. Y haz el favor de no chillarle a mamá. ¡No puedes tratarla como a Susan!

Susan entraba entonces en el comedor y escuchó el comentario. Virginia lanzó sobre ella una mirada despectiva, y la joven murmuró:

—Si no me necesitáis... me iré a mí cuarto.

—¡Quédate aquí; debes despedir con nosotras a esos tipos! No olvides que eres un miembro de la familia. Por cierto, ¿no sabéis? Esta tarde se fue a ver a su madre. ¡Hace falta desvergüenza!

Lisa y su hija no dijeron nada. Se fueron a la sala, y Carolyn encendió un televisor. Inmediatamente, Virginia le pidió que bajara el volumen de la voz. Lisa recurrió a unas revistas femeninas. Susan, que les había seguido, parecía ajena a todo.

Por fin los invitados se despidieron. Cuando el criado, cerraba la puerta. Lisa y Carolyn desaparecieron. Virginia se llevó a su hermano a un pequeño despacho, y apenas cerró la puerta, apremió:

—Vamos, dime lo que ha sucedido. ¿Has conseguido algo?

David se sirvió una generosa cantidad de licor. Luego se volvió hacia Virginia, respondiendo:

—Nada. Muy amables, muy finos. La casa les ha impresionado, pero se han dado cuenta de que estamos en apuros. Son dos buitres. Y en consecuencia no están dispuestos a soltar ni una libra.

—¿Es posible que no hayas sido capaz de obtener nada, ni siquiera un pequeño préstamo?

—Nada... sin garantías. Nada personalmente. Exigen una hipoteca formal de Dozmare. Y eso significa que estarían dispuestos a ejecutarla al primer vencimiento. ¡Malditos sean; se frotaban las manos pensando que les sería fácil quedarse con todo!

—¡Eso nunca! ¡Jamás nos quitarán Dozmare!

David bebía lentamente. Dozmare, su mundo, su orgullo. Pero sus rentas disminuían cada día, y los gastos de Dozmare aumentaban sin cesar. Y él, David Rachel, era incapaz de encontrar un remedio para la situación.

Volvió a llenar su vaso. Virginia murmuró:

—¡Sí, bebe, imbécil! Todo te sale mal. ¡Te equivocaste con Lisa, esperando una fortuna que no tenía, y careces de habilidad para obtener dinero de los banqueros! ¡Más vale que te des prisa en encontrar alguna solución! ¡Haz algo!

David Rachel bebía, mirando, por encima del vaso, a su hermana. La miraba con verdadero odio.

Capítulo 2

UNA mañana, al recoger el correo que Susan había traído de Saint-

Austel, David Rachel encontró una carta fechada en Londres. Estuvo a punto de no abrirla, temiendo que se tratase de un acreedor. Pero la venció la curiosidad. Con ella en la mano fue a dónde estaba Virginia. Su hermana, sentada en el jardín, leía un libro.

—¡Vaya! ¿Sabías que teníamos un lejano pariente llamado Allen Clayman y que vivía en Australia? Pues pretende venir a visitarnos.

Virginia no se molestó en coger la carta.

—Mándale un telegrama diciéndole que la casa está en obras y no podemos recibir visitas. Susan lo llevará al pueblo.

—Estos individuos del lejano Imperio no conocen la vida civilizada, la carta le precede en una hora; llegará hoy mismo. Pretende quedarse aquí unos días. ¿Qué te parece?

Virginia se sofocó.

—¡Palurdo impertinente! ¿Nos ha tomado por unos hoteleros? ¡No necesitamos extraños aquí, yo me ocuparé de echarle sin contemplaciones!

David puso la carta en manos de su hermana, hizo un gesto de indiferencia y decidió irse a Dozmare en su coche, porque siempre huía cuando se presentaba alguna dificultad.

Virginia advirtió a Lisa y a Carolyn para que no salieran de sus habitaciones, y se retiró a la sala.

Estaba contenta. Para ella, despedir brutalmente a un visitante molesto no era una tarea desagradable, sino todo lo contrario. Se imaginaba a aquel lejano pariente de Australia, rudo y grosero, confianzudo y pintoresco; echarle a la calle iba a resultar divertido.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Oyó el ruido del motor de un coche y, levantando una de las pesadas cortinas de los ventanales, vio el vehículo aparecer entre la fila de oscuros tamarindos. Venía de frente, luego inició la curva, para rodear la gran fuente y situarse ante el porche de entrada.

Virginia acentuó el ceño. Estaba sorprendida. Porque el coche que acababa de detenerse era un «Bentley» de sesenta mil libras, reluciente, y recién salido de la fábrica.

Virginia Rachel murmuró entre dientes.

—Parece que el tipo de Australia es más interesante de lo que suponía. Y que anda bien de dinero.

Un hombre alto, bien vestido, de pelo oscuro, bajó del coche. Virginia tuvo una brusca reacción. Echando a correr, mientras llamaba a voces a Susan y a los criados, fue a abrir la puerta de la calle.

El hombre de Australia sonrió de un modo deslumbrante, diciendo:

—Soy Allen. ¿Tú...?

—Yo soy tu prima Virginia, querido primo. ¡Bienvenido a Dozmare! ¡Susan! ¡Pronto, que alguien se ocupe de las cosas de Allen!

El hombre abrazó a Virginia y la besó, con una efusión algo exagerada para Inglaterra. Pero Virginia no se sintió molesta. El hombre olía a cuero, a perfume caro, a buen tabaco. Era un olor que le produjo a la soltera sin esperanzas una especie de turbación, mientras el vello de sus brazos se erizaba.

El hombre reía; tenía una vitalidad que resultaba insólita en Dozmare. Casi insultante. Dos criados aparecieron, cuando ya él había sacado del coche dos grandes maletas de piel, con el emblema de «Hermes» de París.

Rechazó la ayuda, manejaba las grandes maletas como si fueran de papel. Virginia, que lo observaba todo, se lamentaba.

—¡Y David ausente! ¡No pudo evitarlo, un asunto importante! ¡Ahora te presentaré a su esposa y a su hija! ¡Oh, esta es Susan; vive con nosotros!

Susan estaba en la puerta. La mirada de Allen Clayman se fijó en ella y su sonrisa se hizo más amplia.

El primo lejano venido de Australia resultó una completa sorpresa. Aquella misma noche, en el salón, después de cenar, les contó brevemente su vida. A los Rachel no les importaban para nada sus penalidades y trabajos, pero sí prestaron mucha atención cuando habló de su inmensa fortuna, de cómo había liquidado todos sus negocios y propiedades en Sídney para invertir en Inglaterra, de su deseo de iniciar una vida nueva, instalar una casa, y crear una familia.

Virginia Rachel estaba entusiasmada. Sirvieron a Allen el mejor oporto de la casa.

Todos reían, excepto Susan, a la que no se le ofrecía oportunidad alguna para intervenir en la conversación. Y, sin embargo, la mirada oscura y cálida de Clayman se fijaba en ella muchas veces. Tantas, que Virginia ordenó a la joven.

—¡Susan! ¡Ya puedes retirarte, mañana tendrás mucho trabajo!

Susan desapareció, y el australiano quedó por unos momentos pensativo. Pero Virginia le hablaba muy deprisa y consiguió distraerle.

Por la noche, cuando David y Lisa estaban en su dormitorio, ella entró, sin molestarse en llamar a la puerta. Lisa protestó:

—Virginia, estoy cansada, déjanos en paz.

—¡Imbécil! ¡Seguramente te vas a echar a dormir sin pensar en nada! Y tú, David. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—¿Para qué?

—¡Para que el dinero de Allen se quede en Dozmare! ¡Para eso!

—¿Crees que nos haría un préstamo importante? Sí, seguramente, pero es un poco desagradable pedirselo cuando acaba...

—¡Bah! ¡Carolyn! ¡Ella salvará a Dozmare! ¡Le casaremos con ella, David! ¡Y cuanto antes! Es preciso evitar que cualquier desvergonzada le dé caza. Es un hombre ingenuo y manejable. ¡Se encuentra como perdido en este país, le deslumbra nuestro mundo! ¡Vamos, tú, Lisa, despierta un poco, tienes que ir a ver a Carolyn ahora mismo! Mañana debe levantarse radiante, atractiva y deseable. ¡Y bien sabe Dios que no será fácil! Tu hija parece permanentemente aburrida. Primero que duerma; mañana nos ocuparemos de avivar sus colores y de hacer que brillen sus ojos.

Lisa quiso protestar. Su marido no la dejó.

—Sería maravilloso, la solución para todos. ¡Eres un genio, Virginia!

★ ★ ★

Vestida con las mejores ropas de su madre, vaporosos vestidos de color pastel dignos de la Corte, Carolyn estaba muy bella y un poco menos infantil. Los Rachel empezaron a colocarla siempre junto a Allen, a destacar, hábilmente, sus encantos. Allen Clayman parecía complacido, indudablemente le seducía el ambiente, las partidas de «cricket» en el césped, en las cuales Carolyn le enseñaba a manejar el mazo, apretándose contra su espalda, y transmitiéndole el tibio calor de su cuerpo.

De una manera intuitiva, la abúlica Carolyn hacía muy bien su papel de seductora. Pero bastaba que Susan, silenciosamente, apareciera, para que la atención del australiano se desviase hacia ella.

El primer fin de semana, en el que los Rachel invitaron a algunos lejanos vecinos para que sirvieran de coro, sucedió algo que iba a ser decisivo para Susan.

La joven pariente pobre de los Rachel decidió retirarse pronto después de recibir varias humillaciones por parte de Virginia y de David, y la más completa indiferencia de Lisa y de Carolyn, que apenas hablaban con ella.

Susan tenía su cuarto en el piso alto, en una zona destinada a invitados en otros tiempos mejores, y que ahora estaba deteriorándose rápidamente.

La gran escalera conducía a la planta noble, y de ella arrancaba un segundo tramo, mal iluminado, por el que Susan subía a su habitación.

La joven, después de salir de la sala, se dirigió a la cocina para dar

algunas instrucciones. Después subió al piso primero y, cuando iba a llegar a la segunda escalera, oyó como se abría la puerta de una de las habitaciones del primer piso.

Se detuvo, volviendo la cabeza. Allen Clayman salía de su cuarto con una caja de cigarros habanos en las manos. Había subido a buscarla para obsequiar a los caballeros invitados. Allen sonrió al verla.

—Susan... prima Susan...

—No soy prima tuya, Allen.

—Bueno, como si lo fueras. ¿Ya te retiras?

—Sí, mañana debo madrugar.

—Trabajas mucho.

—He de ganarme el pan que como. Ya te habrás dado cuenta de cuál es mi situación en esta casa.

Allen puso la caja sobre una mesa y se acercó a ella.

—Sí —dijo—, Virginia es un poco dura. Lo comprendo. Son solo celos. Tú eres la más bella de las mujeres de Dozmare.

Susan murmuró.

—No debes decir eso. Carolyn es muy linda.

Allen sonreía con aplomo. Ante Susan se sentía más seguro de sí mismo. Virginia por ejemplo, le intimidaba.

—Mucho menos que tú. Eres maravillosa, Susan. ¿Es que aún no has comprendido que si permanezco en esta casa es solo por verte? Soy muy rico, tengo todo lo que puedo desear. Quiero organizar mi vida en este país y necesito una mujer como tú, Susan... Precisamente como tú...

La cogió por los hombros y ella no se movió, limitándose a murmurar su nombre.

—¡Allen!

—Te estaba esperando. Subí con la disculpa de los cigarros, pero te estaba esperando. Susan. Ahora solo quiero que me digas una cosa: ¿puedo tener alguna esperanza? ¿Un tipo tan vulgar como yo, puede interesar a una joven de tus condiciones?

Susan cerró los ojos, sin contestar. Pero cuando el hombre la besaba en los labios, ella no se apartó. Contestó al beso, que era el primero de su vida, con entusiasmo.

Luego, el hombre la soltó y Susan, muy turbada, echó a correr hacia la escalera. El preguntó, a media voz:

—¿Cuándo podré verte? ¿Mañana, aquí, a esta hora?

Ella se volvió, radiante, asintiendo.

La bicicleta le parecía más ligera que nunca. La mañana más deliciosa y amable, y el sol más brillante. Susan volvía de Saint-Austel con el cestillo

de la bicicleta repleto de pequeños encargos.

Solo pensaba en Allen. No en su fortuna. Pensaba en el hombre. Era maravilloso, ¡tan fuerte! Y podía liberarla de los Rachel, especialmente de la odiosa Virginia Rachel.

Además, sería delicioso cuando Allen declarase que la quería a ella, y no a Carolyn. Sí, sería un momento glorioso.

Pero al pensar en ello, Susan sentía miedo. Temía la reacción de Virginia y sus malas artes. De todos modos la joven era demasiado feliz para que sus temores no fueran leves y pasajeros.

Al pasar ante dos grandes mojones de piedra que marcaban la entrada a una finca, Susan desvió la bicicleta.

El camino que se iniciaba allí estaba cubierto de maleza, de zarzas, y apenas quedaba un estrecho sendero entre ellas. Ni siquiera podía circularse en bicicleta, porque esta se enredaba en las ramas. La llevó del manillar, cuesta arriba.

Iban apareciendo restos de parterres, de escalinatas. Alguna estatua derribada y cubierta de maleza. Luego apareció una casa, cuadrada y sólida, como una fortaleza. Tenía una torre exenta, derrumbada en parte. Y la rodeaban varias edificaciones con los tejados hundidos.

Todo era allí triste y bastante siniestro. Susan no se dirigía a la casa. Iba a rodear el torreón cuando se produjo un silbido agudo, seguido de una detonación, y al momento, en una de las ventanas de la casa se vio una nubecilla de humo. Susan se detuvo, gritando.

—¡Soy yo, soy Susan, señor Wilson!

Un hombre, armado con una carabina, asomó por el hueco de la ventana. Tenía el pelo blanco. Miró a Susan, desapareciendo. La joven no se movía. Casi al instante, un enorme perro, un «doberman» marrón oscuro salió de la casa, corriendo hacia ella velozmente.

Sus dientes eran terribles. Pero cuando llegó junto a Susan dejó de jadear, sus ojos perdieron el brillo feroz, y empezó a saltar en torno a la joven, que sin temor acariciaba su fina cabeza.

Luego apareció el hombre de la carabina. Vestía ropas muy usadas. Estaba sin afeitar, con las botas costosas de barro.

Su rostro era inquietante, con los ojos muy redondos, como desorbitados, la boca crispada, dejando al descubierto los dientes, grandes y amarillentos. Además, olía mal. Era evidente que no se cambiaba la ropa desde hacía mucho tiempo.

Aquel era el dueño de la propiedad, en otro tiempo fastuosa. Susan dijo:

—Vengo a ver a mi madre...

—Ahora te acuerdas mucho de tu madre —gruñó el señor Wilson.

—¿Le parece mal?

—No me gustan las visitas. Tú has conquistado a mis perros, y haces lo

que quiereres. Sabes que no permito que nadie entre aquí. Pero eres una chica discreta, capaz de guardar un secreto, un terrible secreto. Pasa, continúa tu camino. Y a ver si consigues que tu madre no beba tanto.

Susan se sofocó, avergonzada.

—Yo... no puedo influir en ella, usted lo sabe. ¿Es que no atiende su trabajo?

—Sí, eso sí. Pero cualquier día... no es prudente que beba de ese modo en estas circunstancias. Aunque comprendo que lo haga, con la vida que se ve obligaba a llevar. Adiós, Susan. ¡No me gusta que mis perros se vuelvan dóciles a tu lado! ¡Están enseñados para matar!

Otro «doberman», este negro, lamía afectuoso las manos de Susan. La joven se alejó, mientras Wilson arreaba sus perros hacia la casa, mediante voces guturales.

Tras de la casa empezaba el bosque, muy cerrado. Un bosque abandonado a la maleza. Descendía hacia una profunda vaguada. Todo aquello pertenecía a Wilson. Conforme la joven avanzaba, iba oyendo un ruido de agua que rompía, un ruido de torrentera que se hacía más y más estrepitoso.

Al llegar a la hondonada vio la corriente de agua, muy rápida. Junto a ella, una casa de piedra techada de barda. Estaba rodeada de cajas vacías de cerveza y basuras.

Torrente arriba, cerca de allí, precisamente donde el agua caía entre piedras, en un gran desnivel, se alzaba una serrería, con la rueda del cangilón girando violentamente, sin cesar, con gran ruido. Entre el ruido de la rueda, y el producido por la caída del agua, resultaba imposible escuchar otro sonido. Quizá, por eso no había animal alguno en aquella parte del bosque, sombrío y desagradable.

Susan miró el agua, de color acero, corriendo velozmente entre espuma hasta el mar. Miró la construcción de arriba, pudriéndose bajo la nube de agua pulverizada que saltaba entre la rueda y las piedras.

—Es... horrible —pensó—. Siempre me resulta horrible. Tener que vivir en este infierno...

Su madre vivía allí, en la casa de abajo, en aquella oscuridad, soportando el insufrible ruido, y aún cosas peores.

—Si al menos detuvieran esa rueda o la quitaran de ahí... Pero no es posible, ya lo sé. Es necesario que continúe girando...

Se volvió para entrar en la casa, dejando la bicicleta en el suelo. Al abrir la puerta recibió una oleada de espantoso olor. Olía a suciedad, a sudor viejo, a cerveza derramada.

Susan palideció. Su madre estaba tendida en un catre, con el pelo revuelto, la boca muy abierta, dormida. Quizá por el sopor del alcohol.

A un lado había una cocina, encendida, una cocina de leña, sobre la que hervía algo que parecía comida, un guisote inmundo como para que

comieran, si eran capaces de hacerlo, varias personas.

Pero en la casa solo estaba la señora Fuller, resoplando, con la ropa descolocada, dejando ver sus pálidas y gruesas piernas.

Susan las cubrió. La joven lloraba. Inclinándose sobre su madre la besó en la mejilla.

—Pobre mamá... es horrible... horrible...

La señora Fuller no se movía. Susan, entonces, acercó sus labios a un oído de la durmiente, gritando con todas sus fuerzas, para que su voz resultase más potente que el ruido de la serrería.

—¡Mamá! ¡Quería decirte que he conocido a un hombre maravilloso! ¡Desea casarse conmigo, así que podré sacarte de aquí, alejarte de todo este horror! ¡Mamá! ¿Me oyes?

La señora Fuller resopló, dándose vuelta en el catre. Estaba empapada en cerveza, y tardaría mucho tiempo en poder oír algo que no fuera lo que sus pesadillas le hacían oír.

Susan, con los ojos cubiertos de lágrimas, salió de la choza, lanzando una mirada a la serrería abandonada, pero ruidosa. Una extraña mirada.

Capítulo 3



El día había amanecido radiante y Susan se sentía feliz, esperando su cita con Allen Clayman.

Cuando brillaba el sol, Dozmare parecía rejuvenecido, se olvidaban sus decrepitudes y solo se apreciaba su áspera belleza.

Susan empezó a ocuparse de sus muchos trabajos. Pero estaba pendiente de lo que hacía el australiano. Le vio salir muy pronto con David. Vestían ropas de montar. Luego se alejaron a caballo hacia las llanuras de las minas de caolín, en las cuales era agradable hacer galopar a los caballos. Ya no había tan buenos caballos en Dozmare como en otros tiempos.

Virginia también se sentía feliz aquel día. Y cuando estaba contenta solía ser aún más desagradable y más seca. Con Susan estuvo inaguantable, aunque la joven lo soportaba bien.

—Escucha: es preciso que en la cocina preparen algún postre especial. Tráeme la llave de la bodega, voy a buscar unas botellas de champán. Confío en que queden algunas.

Susan sentía deseos de decirle que todos sus esfuerzos para halagar a Allen eran baldíos. Sentía ganas de reír ante ella, pero se limitaba a obedecer entre sonrisas.

—¡Cuando Allen se lo diga, cuando les diga que es a mí a quién quiere...!

Allen y David regresaron tarde, con los caballos cubiertos de sudor. Como no había mozos de cuadra, ellos mismos tuvieron que cuidarse de los animales. Desde la casa se oía sus risas.

Antes de comer, Virginia quiso que se reunieran para beber unas copas de jerez. Lisa y Carolyn, que casi nunca participaban en aquellas reuniones, bajaron también, muy arregladas y vestidas con sus mejores ropas.

David Rachel llenó los finos vasos, pidiéndole a Susan con la mayor naturalidad.

—Sírvelo, querida. Si no te importa...

Susan fue pasando la bandeja con los vasos. Al ponerla delante de Allen, el australiano sonrió quedamente, y aquella sonrisa aumentó la felicidad de la joven.

David Rachel llamó la atención de todos, y luego exclamó:

—¡Un momento! Antes de beber tengo que decirles algo importante. Carolyn, hija, ponte a mí lado. ¡Qué bonita estás hoy!

La insípida joven se sonrojó, acercándose a su padre. David la tomó por una mano y después anunció:

—Querida familia. Es posible que lo que voy a decir ya lo sepáis todos. ¡Tengo el orgullo de anunciaros que nuestro muy querido primo Allen Clayman me ha pedido la mano de Carolyn!

Carolyn lanzó un grito de entusiasmo antes de mirar a Allen. Virginia se bebió el vino de un trago, diciendo, muy excitada.

—¡Este es un gran día para Dozmare! ¡Con la unión de Carolyn y Allen, nueva savia vendrá a fortalecer esta casa y esta familia!

Quería decir en realidad, que el dinero de Allen, cuya cuantía ella había previamente comprobado en su verdadera importancia, salvaba definitivamente la casa de la ruina.

Allen, un poco sofocado, volvió la cabeza, y su mirada se cruzó un instante con la de Susan Fuller. La joven tenía los ojos muy abiertos y estaba palidísima, Allen apartó la mirada.

Lisa quería que hablaran inmediatamente de la boda, de la clase de ceremonia, de las ropas que necesitaba, de las listas de invitados. Su necedad era absoluta.

Susan parecía una sombra. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para quedarse allí, y luego en el comedor, atendiendo las órdenes de Virginia, que demostraba tener renovadas energías.

Después de la comida, David invitó a Allen a pasar a la biblioteca para tomar café y mostrarle algunas fotos de Carolyn. Él fue delante. Allen le siguió poco después. Al salir del comedor, en el cual quedaban las mujeres riendo y alborotando, tropezó con Susan, que se dirigía hacia la cocina.

La joven se detuvo, y Allen se acercó a ella, susurrando.

—Lo siento, debí decírtelo antes, pero todo se ha precipitado...

—No sabía que Carolyn te hubiera hecho tanto efecto. Eres un perfecto sinvergüenza. ¿Qué significaban tus palabras de anoche?

—Exactamente lo que parecían. Que me gustas mucho, que te quiero, que sería feliz casándome contigo. Pero... Carolyn puede proporcionarme una posición. Esta hermosa casa, lo que siempre he soñado. No creí que me aceptasen. Por eso cuando se lo insinué a David y...

Susan empezó a llorar.

—¡Como no te iban a aceptar! ¡Están en la ruina, lo perderían todo si no te hubieran atrapado! ¡Eso lo decidieron desde que supieron que tienes

una gran fortuna!

—Ya lo sé. Pero no me importa. Con mí dinero haré de esta casa una gran mansión, daremos fiestas, recibiremos invitados. Tienes que comprenderlo. Susan, un hombre como yo, que ha trabajado tanto...

—¿La quieres?

—¿A Carolyn?

—Es con ella con quien vas a casarte, ¿no?

—Pues... es agradable, complaciente, yo...

—¡Allen! ¡Te estoy esperando! —llamó el entusiasmado David Rachel.

—No la quieres.

—¡Te quiero a ti, Susan! ¡Eres maravillosa! ¡Pero mi boda no supone que debamos dejar de ser amigos, tú estarás aquí, podremos quizá... quiero decir...!

—Eres un canalla, Allen Clayman. Piensas casarte con la hija de una familia distinguida, por prestigio, y esperas además tener mi amor, porque solo soy ese pariente pobre del que todos disponen. ¡Tú eres peor que ellos!

Allen intentó tocarla. Ella retrocedió, sollozando.

—¡Canalla! ¿Cómo es posible que aún te ame?

Él sonrió, con suficiencia.

—Cálmate, ya hablaremos, no llores, no soy tan malo. Solo un poco débil. Si verdaderamente me amas, no podemos ser enemigos. Yo también te quiero, Susan. Yo...

—¡Allen! ¡Que se enfría el café! —dijo David.

Allen se dirigió a la biblioteca y Susan quedó sola en el gran vestíbulo, llorando en silencio.

Luego, como oyera pasos, echó a correr por las escaleras, desapareciendo en la penumbra del piso.

Aquella noche, Carolyn Rachel, la heredera de Dozmare, estaba muy nerviosa. Le habían dicho que iba a casarse, y ella no estaba muy segura de si deseaba casarse. Aunque fuera con un hombre tan guapo como Allen Clayman. Tan guapo y tan rico.

Carolyn tenía miedo a los hombres. Tenía miedo a casi todo. Pero especialmente a los hombres, en la intimidad. Imaginando cómo sería la intimidad con un hombre como Allen, tan rudo y fuerte, la débil muchacha que solo conocía la vida y el amor por libros. Y por libros más bien malos.

Al mismo tiempo se sentía orgullosa. ¡Terminarían ya los apuros de dinero, las dificultades para comprar ropa, discos y caprichos, que su feroz tía Virginia siempre vetaba!

—Seré muy rica y, como Allen me quiere, los demás tendrán que

recorrir a mí para que les saque de apuros. ¡Voy a ser la dueña de Dozmare!

Carolyn se encontraba mal cuando se excitaba, palidecía y respiraba con dificultad. Se fue a su habitación pronto, y después de permanecer tendida sobre la cama más de dos horas, cuando la casa quedó en silencio y estuvo segura de que todos dormían, se incorporó para acercarse al gran espejo.

Sonreía feliz. A solas parecía otra. Más alta y erguida. Aun así, aunque se sintiera segura en la soledad y perdiera su timidez, Carolyn continuaba siendo una muchacha desangelada y gris.

Lentamente se quitó la ropa de dormir, dejándola caer al suelo. Su delgado cuerpo, de adolescente, se reflejaba en el espejo. Carolyn se sofocó al verse desnuda.

Pasó las manos, despacio, por sus estrechas caderas, por los delgados muslos, por el vientre... La piel tenía un color lechoso, y la joven intentó sonreír. Pensaba en Allen Clayman, tan moreno, tan fuerte, con aquellas grandes manos cálidas...

Cerró los ojos. Temblaba ahora, pensando en las manos de Allen, que se apoderarían de su cuerpo. Temblaba, pero sonreía.

Volvió a abrir los ojos para mirar al espejo. Tras de ella imperaba la oscuridad del fondo de la gran habitación. Y en aquella oscuridad parecía agitarse algo.

La joven hizo un movimiento instintivo para proteger su desnudez. Luego preguntó, en voz baja:

—¿Es...? ¿Hay alguien ahí?

Continuaba mirando al espejo, sin atreverse a volver la cabeza. Ahora estaba segura de que algo se movía en la oscuridad. Empezó a escuchar el acompasado ruido de una respiración, y el pánico se apoderó de ella.

Rápidamente se inclinó para recoger su ropa. Entonces oyó un rugido.

La joven se inmovilizó, sin llegar a tocar la ropa.

El espejo descubría una mancha clara, surgiendo de la negrura del fondo. Carolyn se irguió, empezando a volverse...

Capítulo 4

SU pequeño y delgado rostro se había crispado y su palidez habitual se hizo más intensa.

Un hombre había aparecido, silenciosamente. O algo semejante a un hombre. Era un ser horrible, espantoso.

Carolyn retrocedió, hasta tocar con la desnuda espalda el frío espejo. Había olvidado su desnudez. Parecía una niña temblorosa, de triste color.

Abrió la boca, sin emitir palabra alguna. Aquello no era un hombre exactamente. Quizá era tan solo una pesadilla.

Carolyn iba a gritar. El grito estaba formándose en sus entrañas. Lo que semejaba un hombre se acercaba. Al fin entró en el radio de luz. Y la luz iluminó su horrible cabeza, deformada y sin cabellos; un cráneo brillante, húmedo de un sudor fétido que lo envolvía todo en su repugnante hedor.

Aquel hombre era víctima de alguna enfermedad degenerativa que estaba destruyendo su rostro. Su ojo izquierdo había sido envuelto por tejidos que casi le ocultaban. Y la boca, sin dientes, se hundía en una horrible sima, mientras el mentón ascendía ante ella. Era como una elefantiasis que no hubiera afectado a las extremidades inferiores, sino al torso y a la cabeza. Por lo demás, la piel tenía la rugosidad de esta terrible enfermedad.

El único ojo visible, pues el otro era solamente un brillo apagado en el fondo de un círculo de bulbosidades, parecía inyectado de sangre y miraba de un modo enloquecido. La nariz era lo único normal, bien dibujado, en aquel rostro de pesadilla, casi cubista. El cuello se había ensanchado en una enorme papada, como de un bocio que afectaba a todo él.

El sujeto era enorme, altísimo, y el cuerpo, apenas cubierto con harapos acartonados por una gruesa capa de suciedad, debía ser el de un gigante fornido, aunque se moviera con torpeza de animal no acostumbrado a mantenerse erguido sobre dos pies.

Dio unos pasos, alargando las manos. Las manos eran ridículamente bellas, perfectas, casi delicadas. Lo cual resultaba monstruoso en aquel

cuerpo. En cambio los pies, desnudos, cubiertos de costras, se habían curvado, y las uñas eran como garras negras y aceradas.

Volvió a gruñir y se inclinó, porque efectivamente la posición eréctil no era normal en él. Luego, apoyando las manos en el suelo, como un gran simio, miró de cerca a Carolyn, agitando la cabeza y abriendo mucho la boca, mientras su único ojo brillaba con excitación.

Carolyn iba a gritar, pero el pánico convirtió el grito en un gemido y perdió el conocimiento, desplomándose sobre su ropa de dormir.

El monstruoso visitante pareció desconcertado. Después, sus manos empezaron a acariciar el cuerpo de la joven, con suavidad, mientras seguía gruñendo. Bruscamente alzó a la muchacha y apretándola contra su pecho, salió del cuarto con rapidez, por la pequeña puerta del ropero, perdiéndose en los oscuros pasillos de la gran casa.

Parecía conocerlos bien. No dudaba. No intentó llegar a la escalera principal, sino a la de servicio. Y por ella, a la gran carbonera en desuso, que tenía un portón que se abría a la fachada posterior.

Aquel ser conocía perfectamente Dozmare. Y sus alrededores. De todos modos, cuando se alejaba en la oscuridad, agazapado, llevando consigo el pequeño cuerpo de Carolyn Rachel, nadie podía verlo. Todos dormían, ajenos a los terrores de la noche.

★ ★ ★

Carolyn recobró el conocimiento al recibir sobre su cuerpo una fina lluvia de agua pulverizada. Su cabeza se balanceaba, y, al abrir los ojos, vio muy cerca de ella el suelo embarrado.

No comprendía nada. Un ruido terrible, como si estuviera en el centro de un río bravo, la aturdió. Y estaba ciertamente recibiendo el golpe del agua, en el rostro, en la espalda desnuda, que se balanceaba en el aire...

Luego percibió el fuerte contacto de unas manos que la sujetaban por la cintura, y recordó lo que había sucedido en su cuarto. Para identificar inmediatamente aquel olor repulsivo y el rostro deforme del hombre que la había asaltado.

¡Estaba siendo llevada por él a algún lugar lejano! Gritó, pero ni siquiera logró oír su propia voz debido al gran estruendo del agua. Era el río, y aquel ruido solo podía ser producido por la cascada de la propiedad de Wilson, que ella solo había visto de lejos.

Golpeó con las dos manos la ancha espalda del hombre que la cargaba, y quiso arañar la gruesa piel que aparecía entre los jirones de la ropa. No hubo respuesta alguna, solo un leve gruñido.

—¡Suélteme! ¡Suélteme, canalla, mi padre le matará por esto!

Estaban remontando la gran pendiente, junto al río, y sobre ella se veía la masa oscura de la antigua serrería de los Wilson, y ya se oía también el

ruido quejumbroso de la gran rueda, siempre girando bajo el impacto del agua.

El hombre ascendía sin esfuerzo, saltando sobre el barro, sobre las piedras. Cuando llegaron a la altura del enorme cangilón, el ruido de la noria se hizo insoportable. El agua que despedían las paletas del rodezno, rotas por mil sitios, caía sobre ellos desde lo alto, empapándoles.

Carolyn continuaba llorando y gritando. Pasaron por encima de la rueda, sobre un tablón resbaladizo, entrando en el oscuro y arruinado edificio de la serrería.

Carolyn fue lanzada al suelo violentamente, sobre montañas de virutas putrefactas, en las que pululaban gusanos y escarabajos. La joven cayó de espaldas, emitiendo un gemido.

Su nuevo dueño se quedó ante ella, mirándola con su único ojo. Mirándola fijamente.

Carolyn volvió a gritar hasta quedarse afónica. Pero nadie podía oírla entre el estruendo del agua y de la gran rueda, entre el fuerte galopar de maderas y hierros partidos. El hombre prendió una vela que tenía pegada con cera sobre una tabla. A la débil luz, su monstruosidad era más evidente, y Carolyn tuvo que cerrar los ojos. Luego los abrió, porque sentía la proximidad de aquel ser, su olor, su respiración jadeante.

Estaba a su lado, y ya alargaba sus manos, absurdamente finas y suaves, para tocarla.

Carolyn lanzaba alaridos agudos, quería apartarse, hundirse en el miserable lecho de podredumbre. Pero las manos la habían aferrado por la cintura, acariciaban sus pequeños senos, su piel casi azulada.

Luego, la espantosa cabeza deforme, con aquella oscura sima en el lugar de la boca, con el viscoso sudor que la envolvía, con la sanguinolenta mirada, se acercó a la suya. Y las suaves manos se hicieron duras y la mantuvieron en el mismo sitio, sin permitir que huyera.

Después, el cuerpo entero cayó sobre el suyo. Las manos buscaron lugares precisos, y Carolyn, que lo ignoraba todo sobre las relaciones entre hombres y mujeres, tuvo su terrible y primera experiencia con un monstruo bestial y rugiente, que cubrió su cuerpo de un hediendo sudor, mientras hundía sus uñas en la espalda de la joven, poseyéndola como un sátiro, como un íncubo enloquecido y diabólico en una noche de «sabbat».

Con una brutalidad terrible, animal, el hombre cubrió de sangre a Carolyn, haciéndola estremecerse de dolor, de pánico, y de repugnancia.

Luego, el monstruo se incorporó. Sangrantes las manos, las ropas, horrible el rostro. Carolyn sollozaba, tapándose la cara con las manos.

Su violador estuvo contemplándola durante largos minutos. Después se volvió, alejándose a paso lento.

Carolyn oyó el ruido de sus pasos. Irguió la cabeza, y le vio desaparecer tras de un castillete de maderas oscuras, en el centro del local.

—¡No puedo volver a mí casa! ¡No volveré nunca, después de esto! —decía Carolyn—. ¡No podré soportar que me miren a la cara! ¡Oh, Allen!

El dolor le hacía estremecerse, sentía como su sangre fluía, deslizándose a lo largo de sus piernas. ¡Y los repugnantes insectos y gusanos de la madera corrían incesantemente sobre ella!

La joven intentaba levantarse sin conseguirlo, porque resbalaba en la basura humedecida.

Y, de pronto, un nuevo ruido estalló. Un ruido mecánico que hacía agitarse el edificio entero.

Carolyn se encogió, más asustada aún. Y se encogió doblemente, gritando, cuando el monstruoso individuo volvió a aparecer. Despacio se acercaba a ella. Tenía en su absurdo rostro algo que parecía una expresión de alegría. Carolyn gritó desesperada.

—¡No! ¡Otra vez, no!

El hombre se mantenía erguido, y podía comprobarse que era realmente enorme, gigantesco. Carolyn pudo ponerse en pie, tambaleante. Su aspecto era lamentable. Al momento, las manos del monstruo la sujetaron, la alzaron del suelo fácilmente y se fue con ella hacia el centro del local, donde los grandes maderos formaban una extraña construcción.

Al dar vuelta a los maderos, Carolyn vio un enorme tablero horizontal, abierto al centro, del cual asomaban, terrible y oscura, oxidada, pero intacta, la gran rueda de la serrería que en otros tiempos troceaba los troncos del bosque de Wilson.

El monstruo había conectado la sierra al eje motriz de la rueda de la noria, siempre en movimiento. Y ahora, la gran hoja de acero dentado giraba rápidamente, con mucho ruido.

Al pie de la tabla de la sierra se abría un enorme hueco por el que las maderas cortadas caían a la cascada. Allí eran impulsadas con gran fuerza, y lanzadas al centro del río, para ser arrastradas hasta el mar donde los madereros las recogían con sus largas pértigas, conduciéndolas hacia un remanso.

Pero ya no había madereros, ni siquiera el remanso, ni los muelles de carga. Ahora todo lo que caía al río era conducido al mar en unos pocos minutos, y desaparecía para siempre.

Lo que siguió fue espantoso y muy rápido. El hombre puso a Carolyn sobre la gran tabla. La muchacha, gritando sin cesar, quería huir, pero las dos manos del hombre aferraron su pierna derecha, mientras ella le golpeaba. La sujetaron exactamente como se coge un tronco, empujándola hacia la sierra.

Carolyn quedó muda. Con los ojos muy abiertos. Incluso dejó de defenderse. Era tan horrible todo lo que estaba sucediéndole que, de pronto, había renunciado a creer que fuese real.

Las manos del hombre continuaban acercando la pierna de la joven a la

negra hoja. Un instante, y los grandes dientes se hundían en la blanca piel. La sangre saltaba, y Carolyn era sacudida por terribles estremecimientos. Su boca se crispó brutalmente, mientras la sierra avanzaba, llegaba al hueso, y producía un agudo y espantoso chirrido. Luego el chirrido cesó, la sierra terminó el recorrido, y el pie derecho, y parte de la pierna de Carolyn, se deslizaron sobre la sangre, cayendo a la rampa que conducía al agua.

La joven dobló la cabeza. Se había desmayado para su suerte. El hombre impasible, sin demostrar la menor agitación, procedió a hacer otro corte por la rodilla.

Cuando la sierra llegaba a los huesos, el ruido se hacía siniestro. Hubiera penetrado en el cerebro del matarife, si este hubiese tenido un cerebro humano. Pero no parecía afectado.

Trabajaba maquinalmente. Carolyn aún vivía, su pecho latía, y un leve estremecimiento agitaba sus párpados cuando ya no tenía las piernas. Pero la sangre manaba abundantemente de las heridas, de las arterias cortadas y la joven fue quedándose blanca. Luego, cuando todavía su terrible tortura no había cesado, sus ojos se abrieron, se pusieron en blanco, y murió.

Era pues un cadáver, aún caliente y casi desangrado, el que el hombre fue metódicamente despiezando. La sierra separaba los trozos, los despedía al tobogán y al río, y solo la sangre quedaba en el tablón. Finalmente separó la cabeza del tronco de la bella y un poco insignificante Carolyn Rachel. Pero el asesino no se daba por satisfecho. Troceó la cabeza de tal forma que ninguno de los trozos pudiera ser identificado. Después los empujó hacia el agua.

Al fin se quedó quieto, mirando sus manos empapadas de sangre. Hasta que lentamente, alzó un tubo que descendía de la parte alta de la toma del agua, abrió una válvula, y un chorro de agua, potente y frío, cayó sobre la sierra, sobre la mesa de trabajo, llegando a la rampa, y arrastrando sangre, fragmentos de tejidos, coágulos y esquirlas de huesos...

El hombre estuvo limpiando la serrería durante más de media hora, porque, como carecía de nervios, no podía impacientarse. Después movió la palanca que separaba la sierra de la rueda exterior, y todo se paró.

No se preocupaba por las manchas de sangre de sus ropas. Sus ropas tenían manchas de muchos años, y todas se confundían entre sí.

Después apagó la vela y, moviéndose en la más completa oscuridad, descendió de la serrería a la parte baja del edificio de piedra. La parte en que habían estado las oficinas. Era sólida, como un fortín. El hombre entró en un local cuadrado. Había allí una luz encendida, montones de paja fresca. Y una gruesa cadena que colgaba de la pared, y que tenía dos argollas en el extremo.

El monstruo se sentó sobre la paja y, con sus finas manos de artista, se puso las argollas en los tobillos, presionándolas hasta que las cerraduras se

cerraron.

Después sopló la llama del farol, y se tendió sobre la paja. Casi al momento dormía con fuertes ronquidos.

Capítulo 5



El último pariente de los Rachel había sido localizado por teléfono, y su respuesta también resultó negativa. Carolyn no estaba con él.

Carolyn Rachel había desaparecido y, aunque David se resistía a hacerlo, era preciso dar cuenta a la policía de su desaparición.

Virginia estaba más furiosa que apenada. Ella tenía una explicación para lo que había sucedido. Y se lo dijo a su cuñada, a la madre de Carolyn, con verdadera desesperación.

—¡La idiota de tu hija, nos ha arruinado, tú la enseñaste a estar siempre asustada, a temer a los hombres, a vivir entre muñecas, negándote a admitir que ya es una mujer! ¡Ahí tienes el resultado: Ha huido, porque teme a Allen Clayman, la muy imbécil!

Lisa Rachel lloraba.

—¡Virginia, eres terrible, egoísta y terrible! ¡Mi pobrecita hija ha podido sufrir algún accidente, ni siquiera se ha llevado equipaje, quizá la han secuestrado, o asesinado, es posible que esté perdida por el campo; Dios mío, no tiene dinero, no está preparada para enfrentarse a la vida, y tú solo piensas en la fortuna de Allen, en salvar esta casa, tu Dozmare! ¡Ella no quiere a ese hombre, cedió solo por obediencia, tú la obligaste a aceptarle y mira lo que ha sucedido! ¡No volveré a verla!

—Claro que la verás, la encontrará la policía en cualquier pensión para señoritas, pero ya será tarde.

—¡Dios mío! ¡Sí, claro que será tarde, la engañarán, algún degenerado la engañará, mi pobre pequeña...!

—¡Idiota, será tarde porque Allen no querrá ya casarse con ella, solo por eso! ¡Lo que pueda sucederle a tu niña no me importa, no nos interesa, ya «no nos es de utilidad»! Y no llores tanto, tú no tienes sentimientos, eres tan solo una cosa, una cosa bonita que el tonto de David trajo a Dozmare. ¡Y que no vale para nada! ¿Puedes acaso conseguir el dinero que necesitamos para salvar la casa?

Mientras Lisa la miraba con desesperación, Virginia murmuró un

insulto y salió del cuarto.

En la sala, David y Allen hablaban con un policía. David facilitaba datos sobre su hija, y el policía, acostumbrado a las desapariciones de jóvenes, no parecía muy interesado.

—Lo pasaremos a la sección de desaparecidos. Y no se preocupen demasiado, los jóvenes abandonan siempre sus casas por cualquier motivo, pero suelen dar señales de vida en cuanto se quedan sin dinero. De todos modos, daremos curso enseguida a su descripción. Tengan calma.

Se fue, después de beber un gran vaso de licor, aunque dijo que no bebía en servicio. David se apresuró a buscar a Virginia, a su hermana, para contarle la conversación. Jamás pensaba en su esposa.

Allen Clayman quedó solo, paseando por la sala, muy pensativo. Como la puerta estaba abierta, vio pasar a Susan Fuller y corrió hacia el hueco para llamarla.

—Susan...

La bella joven se volvió y por un instante su rostro pareció iluminarse. Fue solo un instante.

—Dígame, señor Clayman...

—Ven, entra, necesito hablar contigo. Y no me llames señor Clayman. Ven...

Susan entró en la sala. Cuando Allen no la miraba, ella le contemplaba con entusiasmo. Pero si sus miradas se cruzaban, la joven se cubría de frialdad.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me perdones, Susan. Carolyn se ha marchado. Lo ha hecho sin duda porque no me quiere. Ella no ha aceptado sacrificarse por sus padres. He sido un loco, deslumbrado por un apellido, por lo que significa la posesión de una mansión como esta para un hombre sencillo como yo. Imaginé que, después de conseguir la fortuna, Carolyn me facilitaba la posición social. En fin, todas esas tonterías. Pero ahora he despertado, Susan. Esa chiquilla me ha puesto en mi sitio. Yo tendré que renunciar a Dozmare, y ellos a mí dinero. De todos modos, voy a tratar de ayudarles para que salgan a flote.

—Todo eso no tiene nada que ver conmigo.

—¡Claro que sí! ¿No lo comprendes? Yo te quiero, Susan, y ahora nada se interpone entre nosotros. Eso es lo que quería decirte. Nos casaremos y nos iremos de aquí, con tu madre. Tienes que llevarme a conocerla.

—¡No! —gritó Susan.

—¿Por qué? Bueno, ya hablaremos de eso. Me han dicho que está... enferma.

—Virginia te habrá dicho que es una alcohólica. Y es verdad. Empezó a beber al perder a mi padre, y no lo ha dejado nunca. Ellos jamás quisieron ayudarla. Y si me trajeron a mí fue para que cuidase de Carolyn y de todo

lo demás...

Allen la besó, suavemente.

—Eso se ha terminado, mi vida. No te humillarán más. Susan lloraba abrazada al hombre con fuerza. Susurró:

—¿Se lo dirás a ellos?

—Claro. Pero... quiero esperar unos días, por delicadeza. Sería como decirles que su hija no volverá, o que nunca la quise. Comprende, están desolados, debo tener tacto. Solo unos días, pequeña. Después seremos libres, e iremos a dónde prefieras.

Susan seguía llorando y asintiendo. Solo dijo:

—Como tú quieras. Cuando tú quieras... Yo... siempre te esperaré.

La besó, con fuerza, casi con desesperación. Y después abandonó la sala.

En el vestíbulo la cogieron por un brazo, con energía, deteniendo su carrera. El rostro seco y duro de Virginia Rachel, con la piel amarillenta a causa del disgusto, apareció de pronto ante el de Susan. Y los ojos inquisitivos de Virginia examinaron rápidamente a la joven.

—¿Por qué lloras? —preguntó, ásperamente.

Susan esquivaba su mirada. Quería soltarse, pero la mano de Virginia parecía de hierro y se hundía en su brazo con crueldad.

—No me digas que estás tan afectada por la desaparición de Carolyn. ¿Acaso sabes algo? ¿Es posible que esa mema te haya dicho lo que pensaba hacer? Realmente solo habla contigo, y no mucho. ¡Vamos, te estoy preguntando! ¡Creo que merezco una respuesta!

Susan murmuró.

—Me estás haciendo daño.

Virginia la soltó, diciendo algo entre dientes. Susan pudo entonces continuar y desaparecer por la puerta de bajo la escalera.

En aquel momento Allen salió de la sala, sonriendo a Virginia. Esta le miró, pensativamente. Luego miró hacia el lugar por dónde Susan había desaparecido.

★ ★ ★

Virginia había citado a su hermano y a Lisa en su cuarto, porque no deseaba que nadie pudiera sorprender su conversación. Cerró la puerta cuidadosamente, y corrió la gruesa cortina que cubría la hoja de madera para aislar el cuarto de los otros ruidos de la casa.

David Rachel estaba impaciente y, en cuanto su hermana se lo permitió con un gesto, preguntó, nervioso.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Sabes algo de Carolyn, te ha llamado desde algún sitio?

—No sé nada de esa cretina. La muy imbécil ha leído tantos libros

imacios, que ha debido imaginar ser la desdichada heroína de una historia antigua, la bella princesa entregada a un odioso Creso para salvar a su reino. Claro que ella no es princesa, ni bella, y Allen no tiene nada de odioso.

—Pero pretendemos casarla con él por su dinero, ¿no es eso? —preguntó David.

—Sí; para salvarse a sí misma, y también a esta casa, que ella heredará algún día. Pero eso no importa ahora. Ya fue un milagro que un hombre como Allen aceptase esa boda. Los milagros no se repiten. Y si Carolyn tarda mucho en volver él se arrepentirá. Por lo demás, los acreedores tienen poca paciencia y, de un momento a otro, vamos a ser embargados. La boda los hubiera contenido. Bien, os voy a dar una noticia, que va a gustaros muy poco, Allen piensa que Susan es muy bonita.

—Y lo es —murmuró David.

Su esposa le lanzó una mirada de duda. Virginia no le hizo caso.

—Podría suceder que se fuera con ella, lo que supondría nuestra ruina total. Es preciso retenerle aquí hasta que encontremos a Carolyn. Y solo se me ocurre un procedimiento.

—¿Pedirle a Susan que sea amable con él? —sugirió David.

—¡Imbécil! Susan se negaría, o quizá le convenciera para que se casase con ella. No, yo he pensado en ti, Lisa.

Lisa Rachel lanzó un grito, mientras David enrojecía, protestando:

—¡No sabes lo que dices! ¿Pretendes que mi mujer coquettee con él?

—No. Nada de eso. Pretendo que lo seduzca, que le comprometa, que se acueste con él, que emplee todos sus encantos para retenerle aquí, haciéndole olvidarse de Susan. Lisa no es demasiado joven, pero es muy bella aún, y tiene ese encanto aristocrático que atrae a los hombres como Allen. Le envanecerá que una Rachel se enamore de él, que esté dispuesta a traicionar a su marido por él. Eres muy sosa. Lisa, querida, pero respiras sensualidad por cada poro, tu permanente pasividad resulta erótica. Además sabes envolverte en velos y en ropas sugestivas.

David se dirigió a la puerta, diciendo terminante.

—Vamos, Lisa, no escuches a esta loca.

—Sí, David. Llévatela. Y dentro de un par de semanas disponte a buscar un apartamento en los suburbios. O mejor, siéntate para ver cómo Dozmare es subastado, saqueado, y convertido en una residencia para la tercera edad, o algo por el estilo. Llévatela, David. Tu mujer jamás ha valido para nada. Ni siquiera aportó dinero a tu casa. Ahora podía ser útil, pero si prefieres la miseria al deshonor...

David se detuvo. Sudaba. Miró a su mujer, que parecía asombrada y satisfecha.

—No deberías pedirle eso a Lisa, Virginia; tú sabes que ella...

—Ella hará lo que tú quieras. Y esa clase de juegos siempre le han

gustado, lo sabes muy bien. Te lo pido a ti.

David se sofocó bajo la burlona mirada de su hermana. Lisa sonreía levemente, con los ojos cerrados.

—Es que... no veo cómo... —murmuró el hombre.

—Déjalo en manos de Lisa. Tú has dejado de considerarla atractiva, pero lo es, y mucho. Infinitamente más que vuestra hija. ¿Verdad, Lisa, que tienes recursos suficientes?

Lisa abrió los ojos, e hizo un gesto de falso pudor.

—Haré lo que David me pida, para salvar Dozmare...

Virginia se echó a reír, burlonamente.

Capítulo 6

HABÍAN llamado a los Rachel varias veces desde la Comisaría de policía para decir que no se sabía nada de Carolyn. Todos se retiraron pronto a sus habitaciones. David había estado muy nervioso, mirando de soslayo a su esposa, que continuaba sonriendo estúpidamente.

Allen Clayman hizo un par de intentos para Verse a solas con Susan, pero Virginia lo impidió, enviando a la joven de un lado para otro con insolentes encargos. También habló de la madre de Susan, despectivamente, para usarla contra la muchacha.

Al fin se retiraron todos. Allen Clayman se metió en la ducha, y el ruido del agua le impidió oír el gemido de la puerta de la habitación que se abría.

Cuando terminó de ducharse, Allen se puso la toalla en torno a la cintura, pasando al dormitorio.

Entonces vio a Lisa Rachel, en pie ante la puerta, con el pelo suelto, envuelta en una fina bata de seda, y enrojeció, murmurando.

—Perdona Lisa, no sabía...

Buscaba una bata con la mirada. Ella se acercó. Al caminar la fina ropa que vestía se separaba un poco, y sus finas y maravillosas piernas se mostraban con generosidad, con inocente impudicia.

—¡Oh, Allen! ¡Es horrible, estaba sola, no puedo soportar la soledad sabiendo que Carolyn se encuentra lejos, mi pobre niña...! Nadie se ocupa de mí, David me desprecia, no puedo soportarlo, sé que tú eres bueno y dulce, tú comprendes a una mujer como yo...

Lo abrazó, acariciando su torso húmedo y fuerte. La suave cabellera de Lisa se desparramaba sobre los hombros de Allen, que, tras un momento de duda, pasó sus brazos en torno al cuerpo femenino, caliente y tembloroso bajo la fina tela.

—Lisa... —susurró—. Tú sabes que no estás sola; yo...

—¡Sí, tú no eres como ellos, tú comprendes a una pobre mujer abandonada! ¡Oh, Allen! ¡No quiero volver a mí habitación, por favor, permite que me quede para no estar sola! No te molestaré, por favor...

Alzó su bello rostro, turbado y tembloroso. Era verdaderamente

seductora. Sus labios, húmedos y separados, se le ofrecían muy próximos. Allen la estrechó con fuerza, y, mientras besaba los labios de Lisa, dejó que sus manos fueran deslizándose por debajo de la bata, sobre la suavísima y perfumada piel, sobre los senos juveniles y tersos...

—¡Lisa! ¡Amor mío! ¡No te dejaré sola! ¡Nunca!

Se besaron largamente, apretándose con fuerza, hasta casi quedarse sin respiración. Después Allen la llevó, en brazos, hasta la enorme cama de dosel, depositándola en ella con suavidad.

En los siguientes días, Lisa, siempre sonriendo misteriosamente, paseaba por los descuidados jardines muy maquillada y vestida. Incluso se desentendió por completo de la desaparición de su hija, dejando a David y a Virginia que hicieran llamadas y recibieran visitas.

Allen se mostraba esquivo, eludía hablar con David, aunque el dueño de Dozmare fingiera la más completa ignorancia sobre lo que sucedía cada noche en el cuarto del australiano.

Susan sí lo sabía. La pobre joven lloraba cada noche, y por el día se dedicaba a su trabajo, evitando mirar a Allen a la cara. El hombre se sofocaba. Estaba preso en los encantos de Lisa, pero sentía pena por el dolor de Susan.

Fue este sentimiento de culpa el que le llevó un día lejos de Dozmare, en su coche. Había estado pidiendo información a algún criado. Luego preguntó a un ciclista en la carretera.

—No podrá usted llegar hasta allí en este coche. Está cerca, pero el camino es malo. A la derecha, hay un aviso.

Allen dejó el coche en el borde de un prado y continuó a pie. Pronto veía el aviso, un cercado, y luego un camino devorado por la maleza, con restos de un jardín italiano.

Al fondo una gran casa cuadrada con torreón, y varias terrazas casi derruidas. Cuando Allen admiraba la belleza decadente del lugar, un gran perro negro apareció, amenazante. Allen se detuvo. Conocía a los perros. Esperó, y el perro se detuvo también, mostrando los dientes.

Luego, a su espalda, escuchó el ruido metálico de un arma al ser cargada.

—Me llamo Allen Clayman, soy invitado de los Rachel, Quiero ver a la señora Fuller. Me han dicho que puedo encontrarla aquí.

Wilson, el dueño de la casa, se puso ante él, gritando.

—¡Fuera! ¡Váyase!

Allen negó, firme.

—No sin antes ver a la señora Fuller. Soy amigo de su hija Susan. Si quiere impedirlo tendrá que disparar ese arma. ¿Es usted un asesino? Me

han dicho que ella vive cerca de un molino o serrería. Debe ser por ese sendero, oigo el ruido del agua.

—¡No se moverá!

Allen se dio vuelta, empezando a caminar. Wilson le apuntaba con la carabina, mientras el perro, tenso, esperaba una orden. Allen, mientras caminaba, sacó de entre su ropa un pequeño revólver, amartillándolo. Estaba dispuesto a matar al perro si le atacaba.

Pero Wilson no dio la orden, ni disparó su carabina, y así Allen pudo alejarse, seguido de las maldiciones del señor Wilson.

El ruido del agua, cada vez más intenso, guiaba a Allen Clayman. Por lo demás, el sendero estaba bien dibujado.

Allen se dijo.

—Es un lugar espantoso, en ruinas, abandonado, por completo. No sé cómo la madre de Susan puede vivir en un lugar así.

Ahora iba por un bosque salvaje. El camino descendía, y el ruido del agua se hacía atronador.

—Un salto, una cascada —murmuró.

Al fin vio el agua, una corriente veloz. Junto a ella una choza de piedra. Y arriba, casi oculta por los árboles, los restos de una factoría maderera, con la enorme rueda hidráulica girando con gran ruido.

Allen se acercó a la puerta de la casa no sin cierta prevención.

La oscuridad era casi completa en aquel bosque cerrado, en aquella hondonada sobre la que parecía precipitarse el agua del torrente. El ruido resultaba atronador. Allen, con bastante recelo, entró en la cabaña.

Le recibió una oleada de olor apesadoso. Un olor indescriptible.

En el lado opuesto ardía un fuego cuyo humo, sin chimenea alguna, se escapaba por las grietas del tejado. Ante el fuego, inclinada sobre una gran olla de hierro, una mujer revolvía algo que hervía a borbotones.

Por un momento Allen creyó encontrarse ante una estampa de brujería. La mujer tenía la melena revuelta, canosa y sucia. Por lo demás era difícil juzgarla en aquella penumbra.

Allen Clayman tosió, pero como no era oído, avanzó algunos pasos, gritando:

—¿Es usted la señora Fuller?

La mujer se volvió lentamente. Su suciedad era terrible, pero, pese a ella, brillaban en su rostro los ojos inteligentes y bellos de su hija Susan. Pareció asustarse, al punto de alzar un cucharón de madera que esgrimía, para defenderse.

—No tema, señora, soy un amigo. Me llamo Allen Clayman. Estoy en Dozmare, soy amigo de su hija Susan, y he querido visitarla. ¿Se encuentra bien?

La madre de Susan dejó caer la cuchara y se tambaleó. No estaba enferma, únicamente bebida. Por todos lados había botellas vacías de

cerveza y de ínfima ginebra. Y trapos amontonados, ropas viejas o sucias. Un catre en un rincón.

—Usted... debe ser el joven que ella ama —dijo la mujer, con dificultad—. No ha debido venir, no estoy presentable, me encuentro mal.

Estuvo a punto de caer. Allen la sujetó y ella murmuró algo, buscando donde sentarse. Casi se hundió en una montaña de ropas sucias.

—Usted no debería vivir aquí, señora Fuller —dijo Allen—. Es preciso ocuparse de eso. No comprendo como Susan...

—¡Tengo que permanecer aquí, es necesario! ¡No preocupe a mí Susan. Hice una promesa; yo...

Empezó a gemir, como una niña asustada. Allen trató de calmarla.

—Bien, no se enfade. ¿Estaba preparando comida?

Se acercó a la olla. En un agua espesa flotaban patatas enteras junto a grandes trozos de carne. Parecía la comida para varias personas. La mujer gritó.

—¡Apártese! ¡Por favor, será mejor que se marche! ¡Y no le diga a mí hija que me ha visto, ella sufriría! ¡Oh, Dios mío, sea bueno con Susan, joven; yo...!

Volvía a llorar. Allen sacó unos cuantos billetes de banco, doblados, y los puso en el borde del fogón. Después salió de la choza, muy impresionado.

La mujer permaneció quieta durante bastante tiempo. Luego buscó entre los trapos, encontrando una botella de ginebra de la que bebió un largo trago. Después vio el dinero y lo cogió, con avidez, contándolo torpemente. Acabó murmurando.

—Un buen muchacho... un guapo muchacho para mí Susan... ¡No permitiré que nadie se lo quite!

El dinero significaba mucha bebida, bebida para algunas semanas, y la mujer sonreía, feliz. Escondió los billetes en un hueco del muro. Después volvió al fuego, a la olla, que continuaba hirviendo.

—Esto ya está —dijo.

Con un trapo asió el asa de la olla poniéndola en el suelo. De un cajón que había contenido cervezas, sacó un trozo de pan, que guardó en un bolsillo de su sucia bata. Y cargando la pesada y humeante olla, y después de descolgar un manojo de llaves de junto a la puerta, salió de la choza.

Ya no se veía a Allen. No parecía existir nada con vida en aquella sombría y húmeda hondonada dominada por el incesante ruido del agua y de la rueda.

La mujer, caminando con torpeza, empezó a ascender por un sendero junto al torrente, hacia el viejo edificio de la serrería.

La espuma del agua la envolvía, el ruido le producía aturdimiento. Pero ella continuaba sendero arriba, respirando con esfuerzo. Al fin llegó a la serrería.

Pronto bajaba por una rampa, hacia el sótano. Era de sillería, muy sólido. La puerta de hierro. La mujer puso en el suelo el caldero y, usando una de las llaves, abrió la puerta.

Si su cabaña olía mal, aquel sótano, sin más luz que la que entraba por el hueco de la puerta, apestaba espantosamente. Un ruido surgió de la oscuridad, un gruñido salvaje, bestial, que no asustó a la mujer.

Ella tanteó en el interior, encontrando unos fósforos, con los que encendió una gruesa vela. Luego entró, cerrando la puerta a su espalda.

La gruesa puerta apagaba en parte el ruido de la rueda y del agua. Entonces oyó de nuevo el rugido, intensamente. Sucedió luego un alarido horrible, largo, estremecedor. Un alarido salvaje y angustioso, como lanzado por algún ser que sufriera de un modo terrible y angustioso. O que estuviera muy asustado.

La mujer dijo, con ternura.

—Cálmate, mi niño... Soy yo, tu querida ama. Cálmate. Hoy te traigo una rica comida, ya lo verás...

Avanzó, arrastrando la pesada olla, sujetando la vela en su mano izquierda.

Al fin la luz llegó al otro muro.

Allí, medio tumbado sobre la paja, estaba un ser de apariencia humana. Una gruesa cadena terminada en dos grandes anillas, sujetaba sus tobillos.

El hombre, era en efecto un hombre, tenía una enorme corpulencia, una cabeza inmensa sobre los anchos hombros.

Un médico hubiera dicho que era una víctima, en sus últimas consecuencias, de una neurofibromatosis. Sin duda por herencia, aquel ser que yacía sobre basuras, estaba cubierto de enormes tumores fibrosos que le deformaban del modo más brutal. La cabeza era, ya queda dicho, enorme, desfigurada por bultos que la retorcían, brotando en algunas partes como caprichosas masas pálidas, hundiendo en otras un ojo, escondiendo la boca, que era solo un orificio baboso y sin dientes. Un tumor óseo deformaba el mentón, que ascendía hasta los orificios de la nariz, aplastada y casi inexistente.

El pecho se alzaba a un lado, como en una joroba, y los brazos, desiguales, el izquierdo retorcido grotescamente—, eran muy largos.

Quiso incorporarse, rugiendo. Su único ojo brillaba con expresión de furia, de odio. La mujer retrocedió, gritando, enfadada ahora.

—¡Si no te portas bien, me llevaré la comida, bestia, monstruo del demonio!

El monstruo encadenado dejó de gritar para gemir con voz aguda, alargando las manos que, por una especie de milagro, eran perfectas, bellas y casi delicadas.

La mujer empujó el caldero con un pie, hasta acercarlo al hombre. La manos le aferraron, tirando de él, con fuerza. Inmediatamente el hombre

metió las manos en el guiso, casi hirviendo, y las sacó chorreando con trozos de comida que introducía a manotazos en el hueco de la boca.

La mujer retrocedió, arrojándole desde lejos el trozo de pan. El monstruo encadenado rugía al devorar la comida. Cuando terminó, tiró la olla a los pies de la mujer, que ahora, en uno de los cambios de ánimo propios de una alcohólica, le hablaba nuevamente con afecto.

—Pobrecito. ¿Qué sería de ti sin tu ama?

El emitió un sonido semejante a un sollozo. Era un ser impresionante. Bajo las sombras movedizas que producía la luz de la vela, su horrible cabeza cambiada de aspecto, pero siempre era terrible.

La mujer suspiró, murmurando:

—Necesito un trago. Necesito imaginar que, a pesar de todo, es un ser humano, un hombre que seguramente tiene algún sentimiento.

El encadenado la miraba, y la mujer sonrió. Después puso la vela en su sitio, y tras apagarla, salió de aquel sótano, que más parecía un calabozo, cerrando la puerta con la gruesa llave.

Cuando se erguía para iniciar el regreso, vio una sombra ante ella y lanzó un grito.

—¡No grites, mujer, soy Wilson!

El hombre que la hablaba tenía que vociferar, para ser oído. Ella se encogió de hombros, alejándose por el sendero. Al alejarse de los ruidos de la serrería, pudo hablar con el señor Wilson.

Ya que usted subió hasta aquí, podía haber entrado a verle. Después de todo es su hijo.

El señor Wilson palideció, replicando furioso.

—¡Mi hijo murió hace muchos años! ¡Ya lo sabes!

—Bueno, eso está muy bien para los demás. Pero él es su hijo y por eso estoy aquí. De no ser por la promesa que le hice a su madre en el lecho de su muerte...

—¡Tú le juraste que lo cuidarías!

—Y lo hago. Pobrecito, más le valdría morir de una vez. Cada día se deforma más. Es algo espantoso. Usted es rico, señor Wilson, debería llevarle a algún hospital...

—No, no, nadie le verá, todos suponen que no existe, incluso enterré un ataúd vacío, para que le creyeran muerto; nadie sabrá que mi hijo se ha convertido en un monstruo de pesadilla, se quedará ahí, donde nadie puede escuchar sus gritos gracias al ruido del molino. Se quedará hasta que Dios se lo lleve. ¡O el diablo!

—¡Jesús, no diga esas cosas! Él es inocente.

—Él es el demonio, quiso matarme, por eso no me acerco a él. El demonio fecundó a mí esposa. ¿Quién era ese hombre que llegó hasta tu casa? Debí meterle dos balazos por la espalda.

—Se guardará muy bien de hacerle daño. Es el hombre al que mi hijita

ama. Estoy viviendo este infierno porque usted me ha prometido darle a ella una buena dote cuando se case.

—¿Qué quería? ¿Qué le ha dicho?

—Quería conocerme. Y no le he dicho nada. Cree que soy una vieja bruja borracha; solo eso.

Wilson la miró a los ojos, dudando.

—No quiero que vuelva. ¡Y tampoco tu hija! ¡Ella sí conoce la existencia de mi hijo! Susan es discreta, lo sé, pero de todos modos, no quiero que venga. Alguien podría seguirla, y si suben hasta la serrería...

—No subirán. Además, difícilmente pueden oírse sus alaridos. ¡Déjeme en paz! ¡Y quiero más cerveza, vaya a buscarla! ¡Eso es lo único que debe preocuparle!

—Dices que ese hombre ama a tu hija. Si se casara con ella, tú me dejarías, ¿no es así?

La mujer rio desagradablemente.

—Tendrá usted que esperar a que llegue el momento para saberlo.

Los feroces perros de Wilson, enseñados para matar, esperaban abajo. Jamás se acercaban a la serrería. Inexplicablemente, temblaban y gemían apenas percibían el lejano Olor, la presencia del hombre encadenado.

Cuando la mujer, tambaleándose, avanzaba arrastrando la pesada olla hasta penetrar en la choza, Wilson le apuntó a la espalda con su carabina.

Ella tuvo un instante ante el punto de mira, pero luego bajó el arma, murmurando.

—No. Sería una locura. Sin ella, mi hijo moriría de hambre.

La mujer, sin volverse, y como si hubiera adivinado lo que había sucedido a su espalda, lanzó una carcajada sardónica y después cerró la puerta de golpe.

Capítulo 7

A

Lisa Rachel, que estaba rejuvenecida y entusiasmada, no necesitaban ni su marido ni su cuñada pedirle colaboración en sus deseos de retener a Allen Clayman en Dezmare.

Virginia, siempre maligna, se lo dijo a su hermano.

—Debes tener muy abandonada a tu esposa, David. Ahora parece una adolescente enamorada. Me temo que la muy tonta va a tomar en serio esta historia con Allen.

David enrojeció.

—Sí, hasta los criados van a notarlo. Y sobre todo Susan. ¡Ya me ocuparé de ella cuando regrese Carolyn y tengamos bien seguro el dinero de ese imbécil! Me va a pagar caro todo esto.

—Recuerda que se lo hemos pedidos nosotros.

—Cierto, pero no la hemos pedido tanto entusiasmo. Me está poniendo en ridículo. Sin contar las sonrisas que me dedica Allen.

—Le diré a Lisa que sea más discreta, que no vaya a su cuarto y todo eso. Se trata de mantener su interés, pero si sigue así, se hastiará de ella muy pronto. Tú te cansaste en un par de meses, y era más joven.

David dijo que prefería no hablar de aquello. Virginia se encargó de contener a Lisa, que apenas escuchaba a nadie. Vivía en una especie de ensoñación, siempre pensando en Allen.

—¡Ten más cuidado Lisa! ¡Vete a pasear con él a caballo, busca lugares discretos!

Lisa parpadeó.

—¡Oh, sí, me encanta, pasaremos a caballo por los bosques, el traje de montar me sienta de maravilla! Allen podrá ponerse alguno de David, ¿verdad?

—Sí, muy delicado por tu parte —murmuró Virginia.

Aquella misma tarde Lisa mandó ensillar los caballos, se embutió en un traje de montar que se le habían quedado algo estrecho, y arrastró a Allen Clayman hacia los bosques donde antaño, en la gran época de Dozmare, se

cazaba al zorro.

Allen era un buen jinete, que se veía obligado a contener a su caballo para no dejar atrás a Lisa Rachel, que solo estaba pendiente de componer la figura sobre la silla. Además, aquel no era su día de suerte, porque, a poco de empezar cabalgar, el cielo se oscureció, el aire se hizo frío, y comenzó a llover.

Allen detuvo su caballo mientras Lisa reía, nerviosamente. Dijo:

—¡Oh, qué pena Allen! ¡Nos vamos a empapar si tratamos de volver a casa! Mira, casualmente, estamos cerca de un pabellón de caza.

Allen sonreía.

—Voy a pensar que has preparado la lluvia y el pabellón de caza.

Ella hizo un gesto de coquetería.

—Resultará muy íntimo, aislados por la lluvia, completamente solos, sin miedo de que David pueda aparecer...

El pabellón estaba limpio y arreglado. En realidad, había sido atendido aquella misma mañana, porque naturalmente, Lisa pensaba llevar allí a Allen. Ahora, la lluvia, que se había convertido en muy intensa, hacía más agradable el pequeño refugio.

Allen amarró el caballo a una rama baja. Lisa, más impaciente, lo dejó suelto. Luego, ambos corrieron al interior del refugio, que olía a humedad. Nada más cerrar la puerta, la mujer se abrazó a Allen, besándole con fuerza, con la boca abierta, apretándose contra él. No necesitaba el hombre de ningún estímulo; inmediatamente comenzaba a soltar los botones de la ajustada chaqueta roja que ella vestía.

Cuando, había soltado el primero, sin dejar de besarse, uno de los caballos lanzó un relincho agudo, para luego emprender un galope desenfrenado entre los árboles.

Allen se apartó de la mujer, exclamando.

—¡Dejaste el caballo suelto, y se ha escapado!

Dio un paso hacia la puerta. Ella se abrazó a su espalda, susurrando.

—¡Déjalo, volverá a la cuadra! ¡Nosotros regresaremos en el tuyo mi peso es ligero! ¿No quieres llevarme a la grupa de tu caballo?

Allen se volvió despacio, sin soltarse de los brazos de la mujer. Sonreía. Iba a besarla de nuevo cuando el otro caballo, el que él había amarrado, a una rama, empezó a agitarse y a patear.

Allen dijo:

—No sé lo que les pasa, la lluvia no puede asustarlos de ese modo. Voy a asegurar las riendas.

Ella suspiró, resignada, por la interrupción. Allen abrió la puerta. Su caballo se agitaba como si tuviera una serpiente de cascabel ante las patas delanteras, tiraba de las riendas, piafaba violentamente, lanzando relinchos de espanto.

Allen corrió hacia él. Pero era demasiado tarde. La rienda acababa de

partirse y el caballo se alejó a un galope furioso, a través de los matorrales. El hombre se quedó desconcertado, bajo la lluvia, pensando qué podía haber asustado de aquel modo a los caballos.

—Bueno, cuando deje de llover volveremos caminando —se dijo.

Iba a regresar al pabellón cuando oyó un ruido tras él. Sonó entre la maleza.

Allen se volvió, mientras el agua se deslizaba por su rostro. Estaba acostumbrado al campo, y no le sorprendía el ruido de las alimañas. Sin embargo, aunque no volvió a oír el ruido, le dominó una inquietud extraña.

Porque tuvo la sensación, muy definida, de que estaba siendo observado.

Preguntó, en voz alta.

—¿Hay alguien ahí?

Podían espiarles, quizá algún curioso trataba de atisbar lo que sucedía dentro del pabellón. Pero, aquel espanto alocado de los caballos no lo producía una persona al acecho. Evidentemente. El instinto de los animales había percibido algo más peligroso, algo que les aterraba. Y pocos peligros asustaban de aquel modo a unos caballos tan perfectamente domados.

Lisa apareció en el hueco de la puerta, llamándole.

—Ven, Allen, déjalo; cuando lleguen a la cuadra, Virginia enviará a alguien a buscarnos. Hasta entonces tenemos unas horas para nosotros.

—Es que... hay algo aquí; eso debe ser lo que ha asustado a los caballos. Percibo...

Otra vez sonó el ruido. Luego aquella sensación que notaba en la nuca, avivando su sentido de conservación. Aquella sensación de peligro, de grave peligro...

—Olvídalo, será algún zorro —dijo Lisa.

Allen volvió la cabeza. Unas ramas se estaban agitando con fuerza, a una altura a la que no llegaba un zorro. Y, sin embargo, no veía nada. Pero ahora sus oídos captaron como un jadeo, como una respiración poderosa.

Y también tuvo miedo. Estaban lejos de Dozmare, en un bosque oscuro y para él desconocido. El miedo le recorrió la espalda, en un estremecimiento veloz. Rápidamente se volvió, para dirigirse al pabellón.

Lisa le sonreía desde la puerta. Ella no parecía advertir nada, no era sensible a lo invisible. Pero, bruscamente su rostro se crispó, y sus ojos se abrieron con espanto. Quiso alzar un brazo, como para advertir algo. E inició un grito.

Allen percibió un movimiento a su espalda, un rugido animal. No tuvo tiempo de volverse; un golpe en su cabeza lo lanzó al suelo de bruces, con terrible violencia. Cayó sobre la hierba mojada, quedando inmóvil, inconsciente.

Capítulo 8

LISA Rachel había pasado en un instante de la ansiedad erótica al más brutal de los pánicos. Cerró apresuradamente la puerta del pabellón, que era muy sólida, preparada para que los intrusos no violaran la casa. Sollozando, repetía palabras sin sentido. Temblaba. Y, aún, tuvo la serenidad suficiente para correr un gran cerrojo. Y luego, bajar una barra de hierro que encajaba en el marco.

Después retrocedió, hasta el muro opuesto, donde estaba la chimenea entonces apagada. Y apoyando la espalda en el muro de troncos, esperó, murmurando.

—No es posible... ha debido ser una alucinación. No es posible...

Pero la puerta gemía bajo una fuerte presión. Aunque no había mucha luz en el pabellón, pues no habían encendido ninguna de las lámparas. Lisa podía ver cómo la puerta se movía, cómo la barra de hierro y el cerrojo se agitaban, empezando a golpear sus abrazaderas.

Lisa gritó:

—¡Váyase! ¡No entre! ¡Váyase! ¡Mi marido le enviará a la cárcel si me hace algún daño!

La enamorada señora Rachel había olvidado por completo a Allen Clayman, al que momentos antes viera caer sobre el césped, golpeado por un increíble ser que había salido de entre la maleza.

La puerta se abrió de golpe, violentamente, pues las dos abrazaderas, poderosas y bien atornilladas al grueso marco, saltaron al tiempo.

Y aquella cosa increíble apareció. Aquella especie de hombre deformado, inmenso, con la terrible cabeza sin rasgos humanos, con las protuberancias que le hacían parecer un fantástico y horrible monstruo de un solo ojo, con el mentón cubriendo el hueco de la boca. Una boca sin labios, sin dientes, un simple agujero como el orificio de una calavera.

Lisa empezó a gritar salvajemente, golpeándose contra el muro. Las manos que se acercaban a ella, al menos, sí eran humanas. Unas manos delicadas y finas, como de adolescente. El resto del cuerpo, con el torso abultado por un tumor óseo que separaba las sucias ropas, los harapos que le cubrían, era solo como un boceto impreciso de un hombre. Como esos

horribles monstruos modelados en arcilla por culturas precolombinas y que tratan de representar la maldad, el satanismo, o la imaginación delirante de sus autores.

Pero aquella espantosa criatura estaba viva, era inmensa, poderosa, y se acercaba aprisa. Ya sus manos, le tocaban las ropas.

Lisa sintió aquellas manos sobre su piel, acariciadoras. Las notó sobre la cara. Ardían. Luego, las manos se volvieron frenéticamente brutales y empezaron a desgarrar sus ropas con fuerza.

Lisa Rachel volvió a gritar, mientras la espantosa cabeza se inclinaba sobre ella.

★ ★ ★

La lluvia continuaba cayendo, ahora mansamente, encharcando la pradera que se extendía ante el pabellón de caza.

Su frialdad terminó por despertar a Allen Clayman. Su rostro descansaba sobre la hierba y el agua le entraba en la boca, en la nariz. Estaba ahogándolo. Tosió con fuerza, volviendo la cabeza.

Así estuvo durante unos minutos, respirando con esfuerzo tratando de recordar. Su primer recuerdo fueron los caballos.

—He debido caer del caballo. ¿Dónde estará Lisa?

Continuaba quieto. ¡No! ¡Alguien le había derribado de un golpe! ¡Y aún sentía el dolor en la nuca! Le habían golpeado cuando acudía a la llamada de Lisa.

—¡Lisa! ¡Es posible que le haya sucedido algo! —murmuró inquieto.

Tanteó el suelo, tratando de levantarse. Sus manos resbalaban en el barro y en la hierba mojada, pero pudo hacer fuerza y erguir el busto, mientras repetía el nombre de la mujer.

El volver la cara, para hurtarla de la lluvia, vio a Lisa. Estaba allí, a su lado, a dos palmos de su cara. Sí. Allí estaba Lisa, mirándolo con los ojos muy abiertos, el pelo desordenado.

Allen parpadeó. Aquella cara, aquellos ojos inmóviles, como de cristal. El rictus de la boca... ¿No era un hilo de sangre lo que descendía de la comisura de sus labios?

—¡Lisa! —gritó—. ¿Qué te pasa?

Alargó el brazo derecho, para tocar el rostro de la mujer. Y entonces, la cabeza de Lisa se ladeó bruscamente, mostrando su cuello muy blanco, terminado en un horrible amasijo de tejidos desgarrados, de sangre y de barro.

Gritando de espanto, Allen la cogió por el pelo, alzándola un poco. Allí no estaba Lisa, estaba solamente su cabeza, que no había sido cortada, sino arrancada bestialmente, desgarrada con una fuerza brutal, retorcida hasta quebrar músculos, tendones... hasta separar las vértebras...

Allen se quedó mirándola sin comprender, viendo cómo goteaba una sangre oscura de aquel despojo terrible. Luego lanzó un grito, soltando la cabeza y poniéndose en pie.

Estaba mareado. Era un hombre de valor reconocido, pero aquello resultaba demasiado espantoso.

—No es posible, una cosa así no puede suceder, Debo estar viendo fantasías, no es posible. ¡Esto no puede pasarme a mí!

Pero la cabeza de Lisa estaba allí, a sus pies, mostrando los cortados conductos de la garganta, la blancura de los huesos asomando por entre tejidos ensangrentados...

Allen se inclinó y, recogiendo un puñado de maleza empapada, la echó sobre la cabeza. Luego, moviéndose rápidamente, buscó más hojas y terminó por ocultar a su vista la cabeza de Lisa.

No sabía lo que hacía. Tambaleándose se dirigió al pabellón, cuya puerta estaba abierta. El cielo había aclarado un poco, haciéndose más fina la lluvia. Tropezó con un mueble derribado y enseguida vio «el resto» de Lisa Rachel.

El cuerpo sin cabeza, sobre un inmenso charco de sangre, estaba en el suelo. Completamente desnudo. Lisa había sido desnudada con brutalidad, arrancándole las ropas, de modo que aún le quedaba algún resto. Tenía puestas las botas de montar y algún trozo de pantalón cogido a ellas. Un colgajo de ropa interior descansaba sobre un pecho.

Había sido maltratada de un modo terrible. Tenía la piel desgarrada, un seno casi arrancado. Y no hacía falta examen médico para comprender que había sido atacada también sexualmente, de un modo brutal, herida con furia, como si hubiera sido poseída por algún poderoso e inhumano monstruo.

Allen retrocedió. Solo entonces vio que tenía también las manos y las ropas manchadas de sangre. Solo entonces comprendió que se encontraba en un peligro horrible.

—Dirán que yo la atacué, todos me vieron salir con ella a caballo. Pero... ¿quién ha podido hacerlo? ¿Qué fiera terrible se ha ensañado con ella?

Sentía náuseas y salió del pabellón, cerrando la puerta instintivamente. Quería olvidar lo que había visto. Solo pensaba en sí mismo, no en Lisa, la cual había sido para él únicamente un agradable entretenimiento.

Allen era demasiado egoísta para enfrentarse a su responsabilidad.

—Nadie creerá que yo fui atacado antes. No aceptarán mi historia, pensarán que, si alguien mató a Lisa, debió acabar también conmigo. Y ni siquiera he sido herido.

Tenía miedo. Un miedo razonado, no el miedo alocado de momentos antes. Necesitaba hacer algo, y pronto. ¡Necesitaba que le ayudasen!

Y entonces pensó en Susan Fuller. Ella le amaba, haría cualquier cosa

por él. Susan conocía el lugar, sabría cómo ocultar el cadáver de Lisa.

Sí, ella le amaba. Cuando le vio al otro lado de la ventana, bajo la lluvia, tratando de ocultarse, de no ser descubierto por los habitantes de la casa, manchado de sangre y tierra, se apresuró a salir por la puerta posterior.

Allen se había ocultado en el abandonado invernadero. Y Susan escuchó su historia con un sorprendente valor. No hizo demasiadas preguntas. Solo ofreció su ayuda.

—Te acusarán a ti, claro, salisteis juntos, dirán que la mataste porque se negó a tus pretensiones.

—Pero si ella y yo... Ella...

Susan enrojeció.

—Sí, sé muy bien como era Lisa, no necesitas insistir. Y sé también cómo sois los hombres. Pero David la presentará como una heroína, resistiendo a la lujuria de un salvaje australiano. Es preciso ocultar el cadáver, Allen. ¿No viste al atacante, no ha dejado huellas? Pudo ser uno de eso merodeadores habituales. Os vería junto al pabellón, sin duda se encendió su deseo y atacó. No comprendo por qué no te mató a ti también.

—Pero no podía ser humano, Susan. La ha destrozado de un modo salvaje. Tiene que ser... un auténtico monstruo.

Ella se alzó de hombros.

—Todos los hombres sois unos monstruos. Y por estas tierras ni existen animales poderosos en libertad, como grandes osos o simios gigantes. Animales que ataquen sexualmente a una mujer... Pero eso no importa, Allen. Por favor, sigue escondido. Voy a buscar algunas ropas a tu cuarto.

—¿Qué haremos... con ella?

—Enterrarla. ¿Qué pensabas? El bosque es muy grande. Y si la enterramos en un lugar adecuado, y a salvo de las alimañas, jamás será encontrada. Aun así, tu ropa manchada la enterraremos igualmente en otro lugar. Los caballos no han regresado, que yo sepa. Eso es extraño.

—¿Qué diré yo?

—Que el tuyo te derribó. Y que viste cómo Lisa se alejaba sobre su montura, tratando de dominar al animal. Nada más. Por aquí hay suficientes barrancos, corrientes de agua y maleza, como para que la busquen durante meses. ¡Y nunca la encontrarán!

Su decisión, su frialdad, resultaban sorprendentes en la delicada muchacha. Allen no lo observaba. Necesitaba ayuda angustiosamente. Y en su egoísmo, cualquier ayuda era valiosa, aunque pudiera comprometer muy gravemente a quién se la prestase.

La joven se fue, no tardando mucho en volver. Por su posición en la

casa, podía moverse con entera libertad. Además, se ingenió para alejar por un momento a los criados de las ventanas que podían resultar indiscretas.

David y Virginia estaban en la sala, enfrascados en una de sus eternas peleas. Susan llegó al invernadero. Traía ropa de Allen, y también un par de herramientas de jardín.

Condujo al hombre por lugares seguros. Como sabía que todo el bosque sería examinado a fondo, evitó dejar pisadas en el barro, que al cesar la lluvia se endurecerían como marcadas en escayola. Iban sobre el césped, procurando no hendir ningún matorral ni romper ninguna rama.

Allen la hizo entrar en el pabellón. La luz empezaba a disminuir, Susan miró el cadáver, el destrozado cadáver de Lisa, y no dijo nada. Solo después de unos segundos, murmuró:

—La sangre. No debe quedar nada. El suelo es de placa de cemento, sin rendijas; será fácil de baldear. Ve sacando el cuerpo.

Allen, muy pálido, tiró de los pies de Lisa. Susan, dándose cuenta de que iban a dejar un gran rastro de sangre, optó por envolver el cadáver en sus ropas y le dijo a Allen que cargara con él.

—No te importe que te manche, luego te cambiarás todo, te he traído otro equipo completo de montar. Hay muchos en los roperos, de las antiguas monterías.

Allen obedeció. Parecía un sonámbulo. Temblaba. Susan le condujo por el bosque, bajo la lluvia, con los mismos cuidados para no dejar huellas. Le condujo hasta unas ruinas. Las ruinas de una alquería perteneciente de la propiedad.

—No habrá necesidad de enterrarla, la arrojaremos al pozo.

—¡Buscarán en él!

—Sí. Pero no encontrarán nada, es un pozo seco. Solo encontrarán un fondo de piedras y tierra. Será preciso no manchar el brocal, ni las paredes. Cualquier mancha de sangre nos delataría.

Bajaron el cadáver con el mayor cuidado. El pozo era ancho. Luego, Allen estuvo acarreando piedras de un muro derribado. Y después tierra, recogida cuidadosamente de la acumulada por el viento en los rincones de los muros. Lo hizo procurando no dejar marca alguna. Era tierra reseca y polvorienta, y si alguien bajaba al fondo del pozo solo encontraría polvo reseco.

Allen fue por último a buscar la cabeza. Susan rogó.

—Cuidado, por favor, no pises en el barro. Mucho cuidado. Traerán perros y gentes conocedoras del bosque.

La cabeza de Lisa Rachel, cubierta de maleza dos horas antes, había ya sido atacada por mil bichos repugnantes que trataban de penetrar en ella por cualquier orificio. Gusanos, insectos. Todos le parecieron horribles a Allen, que estuvo a punto de gritar mientras, a manotazos, los espantaba.

Los vivo correr, manchados de sangre. Caían del esófago, salían de los entreabiertos labios de Lisa, algunos llevando incluso su pequeña porción de botín.

—¡Dios, es horrible! ¿Qué me ha sucedido?

Estaba a punto de renunciar, de rendirse, de llamar a la policía. Pero el momento de pánico pasó y volvió hasta la alquería, junto al pozo.

El trabajo fue perfecto. La gruesa capa de tierra polvorienta lo cubrió todo. Luego hubo que correr la losa que cerraba el pozo. Susan restableció la tierra en los bordes y en las juntas. La lluvia se encargaría de borrar huellas o cualquier otra sombra de manipulación.

Una última mirada. Ningún olor de cadaverina atravesaría la capa de piedras y tierra. Nadie podía conocer la profundidad anterior del pozo. Todo era pues perfecto. Lisa Rachel había desaparecido para siempre.

Susan limpió al piso del pabellón con cubos y más cubos de agua de lluvia. No tenía nervios, no se precipitó. Como no era posible arreglar las abrazaderas arrancadas, decidió:

—Dejémoslo así. Parecerá obra de un vagabundo; a veces se refugian en estos pabellones.

Cuando todo estuvo limpio, pidió a Allen que se cambiara la ropa, y que se levantara bien cualquier mancha de sangre en el cuerpo. Al fin él le tendió la ropa sucia a través de una puerta, y ella la tomó con cuidado y se fue a enterrarla a un talud, en un lugar que, de un modo natural, se iba cubriendo de tierra por deslizamiento. Enseguida, igualó la superficie, sabiendo que la lluvia completaría su tarea.

—Bien profunda —dijo—. Ningún animal podrá desenterrarla.

Un último repaso. No había huella alguna. Sonrió a Allen.

—Vete a Dozmare, aléjate de aquí por la hierba, y cuando llegues el camino pisa el barro. Deja que la lluvia te moje bien. Llegarás muy cansado, claro. Solo tienes que decir que algo asustó a tu caballo, que fuiste derribado, y que viste a Lisa continuar al galope. Nada más. No sabes nada. No has visto nada más, ¿entiendes?

—Es increíble, primero Carolyn desaparece, y ahora Lisa...

—Pero Lisa sabemos que está muerta, Carolyn no.

—Susan... ten cuidado. Había una bestia asesina en el bosque. No debería dejarte sola. Puede atacarte.

Susan sonrió.

—No temas. Evidentemente, parece que traes mala suerte a las mujeres que amas. Por lo tanto, yo no corro peligro.

Allen no dijo nada. Se alejó unos pasos. Luego volvió la cabeza, susurrando:

—Yo te amo, Susan... Y acabas de salvarme la vida.

Ella volvió a sonreír.

Capítulo 9

*H*ABÍAN pasado ocho días desde la desaparición de Lisa Rachel. Ocho días de búsquedas infructuosas.

Resultaba increíble, pero la policía llegó a la conclusión de que Lisa había aprovechado el paseo a caballo por el bosque para abandonar Dozmare. Como no era fácil imaginarla viajando por alguna parte del país con ropas de montar, prefirieron pensar que disponía de otras ropas guardadas previamente en algún lugar.

Se rastreó todo, sin mucho interés. En el fondo, los encargados de hacerlo consideraban a la extraña familia de Dozmare capaz de cualquier excentricidad.

—Se largó la hija, y la madre habrá ido a reunirse con ella. No podrán soportar a esa bruja que da las órdenes en la casa, la hermana del dueño. Vaya señora.

Lisa tenía familiares en Canadá, y para salir airoso de la investigación, el oficial encargado de ella dijo que se trataría de localizarlos, puesto que ni el mismo David conocía su dirección.

De ese modo, ocho días después, Dozmare quedaba libre de extraños, más silenciosa que nunca, los criados, muy asustados, casi escondidos, y el dueño hundido en un sillón de la sala.

Solo Virginia Rachel se mantenía tensa y muy despierta. Le había hecho muchas preguntas a Allen sobre el día en que desapareciera Lisa. Le miraba inquisitivamente, y Allen se sobresaltaba. Estaba esperando el momento oportuno para irse de Dozmare con Susan.

—¿A dónde te llevaba Lisa?

—Pues... no lo sé, a ninguna parte, por el bosque.

—Sí, comprendo. Es que... si ella deseaba estar a solas contigo en un lugar discreto, quizá habría pensado en el pabellón de caza.

—No te comprendo. ¿Por qué iba a desear un lugar discreto? Estás insultando a Lisa, Virginia. Parece que insinúas que entre ella y yo...

Virginia se apresuró a disculparse. Pero Allen mentía mal. Y por eso, aquella misma tarde, Virginia se puso unos zapatos gruesos y dijo que iba a pasear.

No montaba a caballo, los odiaba. Así que, con un bolso en bandolera, se fue caminando por un sendero que se adentraba en el bosque. Allen no se enteró de su salida. Estaba con David, bebiendo en la sala. Los dos bebían mucho en los últimos días.

Virginia conocía muy bien el bosque, todos sus atajos. De modo que no tardó demasiado en llegar al claro en el que se alzaba el pabellón de caza.

Antes de entrar en el edificio, estuvo examinando los alrededores. Había muchas pisadas en la tierra fresca, pero no era extraño. La policía había estado allí con gentes de la comarca, pisoteándolo todo.

Ella sin embargo encontró algo más. Junto a unos matorrales había huellas de caballos. Buscó en las ramas bajas hasta descubrir un trozo de rienda casi invisible entre las hojas.

—Entonces estaban aquí cuando los caballos se espantaron por la tormenta. Allen ha mentido, como yo suponía. ¡Y esos imbéciles que no han encontrado nada! Pero mucho mejor así.

Soltó el trozo de cuero, metiéndolo en un bolso. Entonces oyó un ruido tras de ella, un ruido leve, como de agitar de ramas. No se alteró. Fingió seguir buscando, aunque escuchaba con toda atención. No, había sido una ilusión.

—Los mil ruidos del bosque —murmuró.

Se volvió, despacio, atisbando la maleza. Todo parecía tranquilo. Cuando abría la puerta del pabellón volvió a alertarse. Ahora no había sido un ruido, solo la impresión de que estaba siendo observada por alguien.

—Quizá Allen me haya seguido... Pero no, él estaba con mi hermano, y yo hubiera escuchado sus pasos. Sin embargo...

Se sentía vigilada. Sonrió, diciéndose que los nervios, pese a todo, la traicionaban. Sacó una gran linterna que había guardado en el bolso porque sabía que el pabellón era un lugar siempre oscuro. Y, tras encenderla, cerró la puerta. Inmediatamente lanzó la luz de la linterna hacia el grueso marco. Aún no habían sido reparados los cerrojos. Aquellos que, según alguien dijera, podrían haber roto los vagabundos.

—Qué idiotas... Los cerrojos solo pueden saltarse si alguien los ha corrido por el interior. Un merodeador que hubiera querido entrar aquí, habría forzado la cerradura, no los cerrojos. Había alguien aquí dentro cuando otra persona los forzó. Pudieron ser dos vagabundos, claro. El primero no dejaba entrar al segundo, y...

Pero no le resultaba creíble. Y era precisa una gran violencia para arrancar los dos hierros, aunque la madera del marco estuviera estropeada por la humedad.

Virginia pensaba en Allen, tan fornido y apuesto.

—Y sin embargo no es lógico. Lisa jamás le habría cerrado la puerta; la muy zorra estaba deseando abrirle todas las puertas. A menos, claro, que hubieran reñido por algo. Ella fue siempre caprichosa e infantil.

Inició un examen minucioso del pabellón. No sabía bien lo que buscaba. O mejor, dicho, sí lo sabía. Por eso iba pasando la luz por el suelo, por los rincones, por las patas de los muebles.

No encontró nada. Todo estaba limpio.

—Demasiado limpio. No recuerdo que nadie haya venido recientemente a asear esto.

Iba ya a renunciar, cuando al alzar distraídamente un cubo de plástico que estaba en la pequeña cocina, este cayó de su mano.

—¿Qué es esto? —se preguntó, con viveza.

En la parte baja del cubo había una pequeña mancha. Solo una pequeña mancha, oscura y seca. Cuando la tocó con una uña, saltó un trozo, descubriendo una parte de color más vivo.

Virginia Rachel se irguió, sonriendo malignamente, afinando los labios.

—Era eso. La muy idiota lo echó todo a rodar, tuvo que pelearse con nuestra mina de oro. Allen ha sido astuto. Y muy sereno. Lo limpió todo perfectamente. Imagino que no será fácil encontrar el cadáver. No suponía yo que Allen Clayman fuera un sujeto tan violento. Aunque, no se hace una fortuna como la suya en aquellas tierras, si no se es de acero. Un hombre muy interesante este Allen Clayman. Quizá se trate de un sicópata, en cuyo caso, la pequeña Carolyn tampoco estaría muy lejos de aquí...

Virginia sonreía satisfecha. Aún no sabía bien cómo podría utilizar aquel asombroso descubrimiento. Pero pensaba en el nuevo Allen, y se estremecía de impaciencia.

—Un hombre como ese merece una mujer auténtica, decidida, no muñecas decorativas como Lisa y su hija. O como Susan.

Salió del pabellón, cerrando la puerta. Inmediatamente percibió de nuevo aquella presencia invisible. Hasta creyó escuchar ruidos entre los árboles.

—¡Allen! ¿Eres tú?

Lo preguntó con miedo y, al mismo tiempo, con ansiedad. Siguió un silencio. Nadie contestaba.

Apretando el bolso contra su costado, Virginia echó a andar con rapidez, por el sendero. Cuando desapareció del claro, unos matorrales se agitaron con fuerza. Luego, los movimientos de la maleza se alejaron también.

David había escuchado la historia calladamente y, cuando su hermana le dijo que era preciso tomar alguna medida, él, con voz ronca, asintió:

—Sí. Voy a servirme un vaso entero de escocés.

Estaban en el cuarto de David. Virginia le había llevado allí, asegurándose antes de que Allen no les seguía. Allen estaba en la sala, con

el oscuro ánimo de los últimos días, y por supuesto bebiendo.

—¿Solo se te ocurre eso? ¿Beber? —preguntó Virginia.

—Pues lo necesito. Es algo horrible todo eso que has contado.

—Lo es. Y por eso es preciso actuar.

David dejó la botella de cristal tallado que acababa de tomar sobre una mesa, y parpadeó:

—Perdona, estoy aturdido. Estos últimos días... y ahora, saber que Allen... perdona. Llamaré inmediatamente a la policía. Deben detenerlo y obligarlo a confesar.

Puso su mano derecha sobre el teléfono, pero Virginia, irritada, le golpeó en la mano.

—¡Inútil! ¡Llama a la policía y se iniciará el mayor escándalo del país! ¡Entiéndelo: se lanzarán inmediatamente sobre Dozmare todos los acreedores que ahora aún tienen esperanzas de cobrar!

—Pero... ese hombre ha asesinado a Lisa, y seguramente Carolyn. Tú misma acabas de decirlo. ¿Pretendes que yo, que amaba tanto a las dos, olvide todo eso?

—Tú no has querido a nadie en tu vida David. Nunca.

¿Qué vas a decirles? ¿Qué entregaste a tu hija a Allen, y después a tu mujer, para obtener de él su dinero?

—Yo... No es preciso presentarlo de ese modo. En cualquier caso, todos me compadecerían, soy la víctima de un canalla que ha seducido a la mujer del hombre que le ofreció su casa. El mismo ignora que nosotros... vamos, que...

—Que le entregamos a las dos. Sí, dilo. Es lo mismo. En cualquier caso serás la burla de todos. Y eso no importa demasiado. ¡Lo que importa es Dozmare! Todas las hipotecas serían ejecutadas al momento. Esto es lo que sucederá si alzas ese teléfono.

—No te comprendo. ¿Vamos a dejarlo así, a limitarnos a echar a ese asesino de la casa y a olvidarlo todo?

—No. Vamos a exprimirlo hasta la última gota, querido hermano. Ahora lo tenemos en nuestro poder. Vamos a liberar a Dozmare para siempre de la ruina, nos quedaremos con su dinero, hermano mío, eso es lo que haremos. El tendrá que pagar para verse libre de la cárcel. ¡Y pagará!

David la miraba asombrado.

—¡Es un asesino! ¡Nos matará a los dos!

Virginia se rio.

—No sé lo que harás tú. Tienes una pistola en esa cómoda. Asegúrate de que está cargada, y no te separes de ella. Por mí parte, yo no pienso dejarme matar fácilmente.

Capítulo 10

ALLEN Clayman había sufrido una gran transformación desde los días de su llegada a Dozmare. El hombre abierto y optimista era ahora un individuo silencioso y solitario. Especialmente desde la terrible aventura de la muerte de Lisa Rachel.

Un hombre que bebía continuamente y que apenas dormía, por lo que se quedaba en la sala hasta muy tarde, después de que los demás se retiraban, tratando de olvidar. Tratando de no recordar el espantoso fin de Lisa.

Susan parecía comprender su estado de ánimo. Solamente le sonreía para demostrarle su solidaridad. Era como recordarle que le era fiel, que podía contar con su ayuda. Pero Allen la rehuía, evitaba el hablar con ella.

Estaba solo, hundido en un diván, cuando Virginia entró en la sala, sonriendo. Allen se levantó, preguntando con indiferencia:

—¿Y David? ¿Está bien?

—Sí. Siéntate. ¿Qué bebes? ¿Me sirves un poco?

Allen le puso dos dedos de escocés en un vaso. Virginia tomó asiento frente a él, siempre sonriendo. Bebió un poco, y luego dijo:

—¿Sabes? He dado un largo paseo por el bosque.

—Eso puede ser peligroso, Virginia. No debes ir sola. Seguramente hay animales salvajes. No sé... es peligroso.

Había palidecido. Él sabía que el bosque era muy peligroso. Pero no podía decirlo.

—Es posible que quede algún zorro. Los animales no me asustan. Son más peligrosas las personas. Especialmente algunos hombres que, bajo una apariencia de bondad, esconden en su interior un monstruo sanguinario y salvaje. Me refiero a esa clase de hombres que gozan con la violencia, sobre todo si la ejercen sobre mujeres. Ya sabes, el Museo de *madame* Tussaud está lleno de recuerdos de esos famosos asesinos de mujeres.

Allen se había sentado con un vaso de nuevo lleno. No escuchaba a Virginia, solo pensaba en la cabeza de Lisa tirada sobre el césped, con

aquella expresión de espanto en los ojos...

—¡Allen! ¡Te estoy hablando! —dijo Virginia, con voz afilada.

Perdona. ¿Qué decías?

Virginia hizo un gesto de impaciencia.

—Te lo expondré claramente: He estado en el pabellón de caza. Donde estuviste tú con Lisa la semana pasada. ¿Qué sucedió allí? Ella debió encerrarse en el pabellón. Eso es extraño. Lisa no acostumbra a poner una gruesa puerta entre su persona y un hombre tan apuesto como tú. ¿La asustaste? ¿De repente apareció tu otra personalidad y te mostraste violento?

Allen la miró, aturdido.

—No sé de qué pabellón me hablas. Los caballos se espantaron de pronto, debió ser porque presentían la tormenta, ya te he explicado cómo sucedió todo...

—Sí. Eso está muy bien para la policía. Pero yo sé que tú mataste a Lisa, querido. La mataste en el interior del pabellón. Luego lavaste el suelo. Debió desangrarse allí, a juzgar por la magnitud de la limpieza. Pero no hiciste desaparecer toda la sangre...

Allen, completamente blanco, protestó en tono ahogado.

—Supongo que estarás bromeando, Virginia... Yo jamás le hubiera hecho el menor daño a Lisa.

—No me digas que la amabas. Era solo un cuerpo bello y una cabeza vacía. Nadie podía amar a Lisa, y tú lo sabes.

—Ella era...

—Bien. Ya hablas de Lisa en pasado, estás aceptando que ha muerto. Es inútil que trates de sostener ante mí esa historia de los caballos espantados. Encontré un trozo de rienda en los matorrales, junto al pabellón. Y un resto de sangre dentro. Cuando la policía vuelva a examinarlo, empleando a peritos, encontrarán otros pormenores. Y huellas tuyas por todos lados. Precisamente dentro de un pabellón en el que jamás has estado, según tus declaraciones. Me gustaría saber por qué la mataste. ¿Un arrebató? ¿Te sucedió lo mismo con Carolyn? Pero no te molestes Allen, no soy aficionada a las historias sórdidas. Me basta con conocer la verdad. Naturalmente, el cadáver será hallado. No es lo mismo buscar sin mucho interés a una persona que ha podido huir, que buscar las pruebas de un asesinato. Tú eres inteligente y sabes que lo encontrarán, ¿verdad?

Allen se puso en pie. Inmediatamente Virginia sacó de un bolsillo una pequeña pistola casi decorativa, pero mortal de necesidad si se disparaba a corta distancia.

—Cuidado, Allen. Conmigo no, te lo advierto.

Allen la miraba con asombro. Murmuró:

—Escucha, yo no maté a Lisa, eso es una locura. Sí, admito que tenía una relación con ella. ¡Dios mío, no debería decirlo te lo juro! ¡Lisa, se

echó en mis brazos, era una mujer insaciable y cometí la villanía de traicionar a David! Pero no soy un asesino, Virginia...

Virginia se levantó también, y puso el cañón de la pistola sobre el pecho del hombre. Respiraba agitadamente al hablar.

—En cualquier caso, Allen, eres un hombre muy atractivo. Pobrecito, la necia de Lisa te estaba devorando, ella ignoraba lo peligroso que eres en realidad... Yo, que lo sé, quizá me atrevería a correr el riesgo de despertar toda tu violencia. Sería muy incitante, muy...

Había acercado su cara a la de Allen. Sus labios casi rozaban los del hombre. Estaba ya a punto de besarle cuando él la apartó bruscamente, haciéndola caer en el diván.

—¡Estás loca! ¡Esto es ridículo!

Virginia, muy pálida, los labios apretados, lanzó sobre Allen una mirada de odio.

—Sí, comprendo —dijo—. No soy hermosa como Lisa, ni joven e ingenua como Carolyn. Pero el que está loco eres tú, Allen, querido. Y te va a costar muy caro. Ten cuidado. Un movimiento sospechoso y disparo. Sé cómo hacerlo. Hay una bala en la recámara, y el seguro está quitado. Es mejor que te sientes.

Allen retrocedió. Siempre le había inquietado Virginia. Pero en aquel momento, le aterrorizaba.

—Espera, Virginia —rogó—. Te diré la verdad. Fuimos al pabellón, es cierto. Pero yo no la maté, fui atacado por alguien, me golpearon y quedé inconsciente. Cuando recobré el conocimiento vi algo terrible. A la pobre Lisa la habían...

—No te molestes. Esta historia es mucho peor que la otra, Allen. Sí, muy floja. El ladrón que entra de noche en una casa y, cuando es sorprendido por la esposa, la mata. El marido luego dice que bajó corriendo, y solo pudo ver una sombra que huía... Muy viejo. A ti te atacó un merodeador, algún asesino que vive oculto en el bosque. Quizá un monstruo que solo asesina mujeres. No te molestes, la policía nunca te creerá. Vas a pasar el resto de tus días en una cárcel, y tú lo sabes. Porque no hay pena de muerte, claro. Y no pienses en matarme, yo también he recurrido a los viejos trucos de las malas novelas. Una carta depositada en cierto lugar, que solo se abrirá a mí muerte y todo eso. Contento, querido. Y piénsalo bien. Si prefieres que no te denuncie, solo tienes que decirlo. Si crees que podrás salvarte de la condena enfrentándote a un tribunal, puedes hacerlo.

Allen estaba cubierto de sudor. Murmuró:

—Sería muy generoso de tu parte no hablar con la policía, Virginia. Te juro que soy inocente, pero me temo que nadie lo creerá, después de mis mentiras. Me dominó el pánico, yo...

—No soy generosa, Allen. Soy ambiciosa y dura. Y necesito mucho

dinero. ¿Empiezas a comprender?

Sí. Allen empezaba a comprender.

—Yo pensaba ayudaros, Virginia, ya lo sabes. Y ahora con mayor motivo. Tendré mucho gusto en hacerle a David un préstamo, para que pueda...

—No queremos un préstamo, Allen. Lo queremos todo. Mañana iremos a Saint-Austel a ver al abogado, y también al banco. Nuestras deudas son muchas. Y una vez liquidadas, tenemos que invertir sumas altas para devolver a Dozmare su esplendor. En la casa y en los alrededores. Por eso lo queremos todo. Hasta el último penique, ¿entiendes?

El hombre murmuró, angustiado.

—Quieres dejarme en la ruina...

—¡Bah! ¡Eres joven aún! Podrás reunir una nueva fortuna en Australia, o en otra parte de Oceanía. A menos que allí también te hayas dedicado a matar mujeres y no puedas volver.

—Yo no he matado a nadie. Te repito que no he matado a Lisa.

—¿Puedes probarlo? Verás; el fundamento de nuestra Ley es que todo el mundo es inocente mientras no se demuestre lo contrario, pero en la práctica, cuando alguien está tan enredado en un asunto, cuando además ha mentido, ha ocultado pruebas y todo eso, está obligado a demostrar su inocencia. Yo no creo en ella, pero no tengo interés en desenterrar a Lisa y enviarte a la cárcel. Prefiero una solución civilizada. Mañana a las nueve iremos a la ciudad. Por lo tanto, prepárate y reúne todos tus papeles bancarios. ¡Ah! Yo no pienso dormir esta noche, así que no intentes sorprenderme. ¿Estamos de acuerdo?

Clayman no contestó. Su abatimiento era total. Si no estaba de acuerdo al menos estaba vencido. Se sentó, asintiendo.

Cuando Virginia iba a abandonar el salón, creyó oír un ruido leve, como de pasos. Se volvió, apretando su pistola. Allen continuaba en el diván, no se había movido. Seguramente el ruido había sido imaginario.

—No ha sido fácil este asunto —murmuró—. Estoy nerviosa. Pero lo he llevado muy bien. Este hombre no se resistirá.

Miró a Allen y luego salió. Sabía que Allen Clayman podía intentar huir, lo cual sería una locura. Pero el miedo, la desesperación, quizá le aconsejasen la huida.

—Le pediré a David que no se aparte de él, hasta que estén firmados los papeles.

El destrozado Allen parecía incapaz de moverse. Alargando una mano cogió el vaso de licor para apurarlo de un trago. Luego miró en torno suyo para después levantarse. Al fin, caminando lentamente, dejó el salón.

No apagó las luces. En el salón quedaba todo en silencio. Un reloj produjo en ruido de muelles y enseguida sonaron las campanadas de la hora.

Cuando se apagó el eco de la última campanada, las pesadas cortinas que cubrían una de las ventanas se movieron un poco. Aquellas cortinas que Virginia pensaba renovar inmediatamente, con el dinero de Allen, como tantas otras cosas.

Susan Fuller apareció. La hermosa joven tenía el rostro inexpresivo. Estaba solamente un poco sofocada, pero serena.

Silenciosamente se dirigió a su habitación. Había aprendido, debido a su situación subalterna, a moverse por la casa sin ser vista.

Poco después salía, vistiendo un impermeable, llevando en su mano derecha una linterna.

Capítulo 11

DE noche, el inmenso bosque que se extendía por gran parte de la

zona, y que rodeaba varias fincas, era verdaderamente ominoso y siniestro. Nadie se aventuraba por él, salvo algún cazador furtivo.

En la zona que separaba Dozmare de las tierras de Wilson, y que el gran arroyo de la montaña atravesaba, la fragosidad era tal, que resultaba difícil atravesarla.

Y allí, en la hondonada siempre húmeda y siempre atronada por el ruido de la cascada y de la gran rueda de noria, la cabaña de la madre de Susan desaparecía bajo las ramas y se pudría lentamente.

La puerta, como siempre, estaba abierta. No se cerraba de noche. Un rayo de luz iluminó la entrada. Susan Fuller penetró en el interior, conteniendo su repugnancia.

Había un farol de cartucho de gas encendido, pero ya casi sin combustible. El fuego de la cocina estaba apagado.

—Tengo que terminar con esto —pensaba Susan—. No puedo consentir que continúe así. La llevaré a otro lado aunque ella insista en ser fiel a la promesa que le hizo a la señora Wilson.

Su madre estaba tumbada sobre el catre, cubierto de trapos. Susana acarició su revuelto cabello, pero ella no se movió. Respiraba con fuerza. Estaba sofocada, dormía bajo el dominio del alcohol. Su envejecimiento era penoso. Pero... ¿qué podía hacer Susan, que vivía de la generosidad de los Rachel? ¿A dónde podía ir con su madre?

Se inclinó para besarla. Luego se irguió, y dirigiendo el foco de la linterna, buscó junto a la puerta. Sobre un vasar estaba lo que necesitaba: Dos grandes llaves de forja, cogidas por una cadena.

Las metió en un bolsillo del impermeable, y emprendió el camino por el sendero que ascendía junto al arroyo, contra corriente, hacia lo alto del salto de agua, donde estaban las edificaciones de la serrería.

El agua caía sobre ella, pulverizado. El ruido era terrible, pero estaba acostumbrado a él. Aquel quejumbroso golpear de maderas, el chirrido del

aje, parecían ruidos ruidos infernales en la noche del bosque.

Y cuando estaba a mitad de camino, escuchó un alarido como de animal furioso. El ruido del agua y de la rueda de la noria casi lo cubrían, pero la nota final, aguda, hiriente, terrible, se percibía pese a todo.

Susan se detuvo. Luego apretando los labios, reanudó el camino. Ya estaba en la vieja edificación abandonada. Sacó las llaves y, eligiendo una de ellas, la introdujo en la cerradura de la pesada puerta del subterráneo.

La puerta se abría hacia el exterior. Susan entró en la oscuridad húmeda y apestosa de lo que en realidad era una celda. Una celda de gruesos muros de piedra hundidos en la tierra húmeda.

Movió la linterna con cuidado, porque no quería sorprender ni irritar al habitante de aquella pocilga. Sabía que le molestaba mucho recibir la luz en la cara.

—Bill... soy Susan —dijo suavemente mientras iba deslizando el círculo de luz, sobre el suelo cubierto de paja podrida—. Susan, tu amiga Susan. He venido a verte, Bill...

Le contestaban unos gruñidos apagados, como el ronroneo de un gran felino. Por fin detuvo la linterna, de modo que la luz reflejada en el muro, iluminase suavemente al prisionero.

Bill Wilson, el hijo del hacendado, aquel hijo que para todos había muerto muchos años antes, y que permanecía escondido en aquel sótano porque un proceso degenerativo le había convertido en un monstruo horrible, la miró con su único ojo, sin dejar de gruñir. Luego movió la boca, emitiendo un lamento débil. Susan le sonreía. Desde niña, a escondidas del señor Wilson, visitaba a Bill. Y el monstruo intentaba igualmente sonreír cuando la veía. Agitó sus finas manos de artista, no atacadas por la enfermedad, no deformadas, y Susan se adelantó, conteniendo la repugnancia, para dejar que aquellas manos tocasen las suyas y luego, que acariciasen su rostro, con maravillosa suavidad.

—Bill, siempre te quiero —dijo—. Soy tu amiga. ¿Me entiendes?

El movió la cabeza afirmativamente. Con las sombras, el rostro resultaba aún más espantoso. No podía hablar, pero ella sabía que quedaban restos de inteligencia humana en aquel cráneo deformado. Y una gran fuerza y violencia en aquel cuerpo retorcido y abultado por los tumores óseos.

—Verás, Bill. Otra vez han sido malos conmigo. Muy malos con tu amiga Susan. Hay personas que quieren hacerme daño. ¿Comprendes?

El asintió. Ahora pasaba sus manos por el pelo de la joven mientras continuaba con aquel lamento casi infantil.

—Me odian. Quieren hacerme daño. Pero yo sé que tú no vas a permitirlo. Que me defenderás, como me defendiste otras veces de aquellas mujeres malas... Ahora... quiero que mates a Virginia Rachel. La dueña de Dozmare. Sabes quién es, te la he enseñado un día en el bosque, cuando te

llevé para que los conocieras a todos. ¿La recuerdas? Virginia. Es la mujer fea y delgada, la que gritaba mucho... Quiero que la mates.

Bill Wilson volvió a asentir.

—Es muy mala, muy mala. Quiere matarme a mí, y entonces no volvería a verte, no vendría a estar contigo, Bill. ¿Comprendes?

Bill lanzó un gruñido salvaje, que brotaba del oscuro orificio de la boca sin modulación, como del tubo de un órgano. Susan sonreía; sabía que Bill había comprendido. Por eso continuó insistiendo, con su dulce y persuasiva voz.

—Y hay otro, un hombre, el hermano de Virginia, David. Ese es peor. Me persigue, ya sabes, es un hombre lujurioso, quiere someterme a su viciosa lujuria. ¿Sabes lo que es eso, Bill?

Bill volvió a gruñir. Ahora era casi un alarido, y empezó a agitarse, sacudiendo las gruesas cadenas que le sujetaban los tobillos.

Susan aumentó su sonrisa. Incluso se atrevió a tocar el pecho desnudo de Bill, aquella especie de joroba aguda que no podían cubrir sus viejas ropas.

—Mátalo... mátalo también. A los dos. Esta misma noche, Bill, antes de que me hagan algún daño. Pero ten cuidado, hay dos hombres en la casa, debes matar a David, al amo, no al joven que el otro día estaba en el bosque. ¡No te confundas! Yo sé que eres muy listo, Bill. Y que lo harás por mí. ¡Sí! ¿Lo harás?

El asintió. Del horrible ojo casi cubierto por los pliegues de tumores brotaban lágrimas. Susan abrió las anillas que aprisionaban los tobillos del monstruo, las separó, y después retrocedió un poco.

Aquel era el peor momento. Siempre temía que Bill la atacase, quizá en su deseo de acariciarla, para demostrar su afecto. Se puso en pie junto a la puerta, sonriendo.

Bill se incorporó despacio. Su cabeza rozaba con el techo. Continuaba transformándose, deformándose, hasta que la horrible enfermedad le matase, ahogándolo, aplastando sus pulmones o su corazón. Ahora se inclinaba hacia la derecha, se tambaleaba y hasta cojeaba al andar. El rostro no era ya humano. Recordaba al de algunos extraños animales marinos.

Susan se estremeció, susurrando:

—Es horrible. Cada día es más horrible. Pero si se da cuenta de que le temo, o de que me repugna, estoy perdida...

El monstruo se acercaba a ella. Parecía que iba a abordarla, pero pasó a su lado saliendo del sótano, y empezó a descender por el sendero.

Susan, tras recoger la linterna, cerró la puerta del calabozo.

Allí iba, ante ella, la muerte. Un ser capaz de matar por amor, de matar del modo más bestial. Un ser que no existía realmente, puesto que su ataúd estaba colocado en el panteón de los Wilson. El ataúd de un niño al que

una horrible enfermedad había transformado en un espanto.

David Rachel había rehuido siempre la violencia. Aún de joven, entre estudiantes, se mantenía lejos de cualquier pelea. Por eso, la posibilidad de que Allen Clayman fuera el asesino sicópata que su hermana aseguraba, le produjo un pánico total.

Tenía un revólver en la cómoda, pero también un rifle de caza mayor en alguna parte, y se dedicó a buscarlos hasta dar con él en el altillo de un armario. El arma estaba falta de grasa, pero cuando metió los cartuchos en el almacén de la culata y deslizó el primero de ellos hasta la recámara, comprobó que funcionaba.

Se tendió entonces sobre la cama, sin quitarse la ropa. Puso el rifle a su lado, cubriéndole con un borde de la colcha. Y se dispuso a pasar la noche despierto. En el cuarto de baño había encontrado un tubo de anfetaminas, que usaba cuando tenía que trasnochar y se tomó dos.

Con ello, y dejando de beber, confiaba en poder permanecer lúcido hasta el amanecer.

—Cuando Virginia consiga el dinero de ese hombre, podremos librarnos de él para siempre.

El cuarto era enorme, y no muy iluminado. Virginia se oponía a la instalación de luces potentes, para no perjudicar el ambiente victoriano de la casa. Había demasiadas sombras.

—Pero la puerta es fuerte, no podrá sorprenderme.

Cogió un libro para distraerse, abriéndolo por cualquier lado decidido a empezar a leer. Le fue imposible concentrarse, y además no le interesaba el libro, así que lo tiró al suelo, y se puso a pensar.

De modo que Lisa había muerto, según decía Virginia. Y su hermana casi nunca se equivocaba. Pues no sentía ninguna pena. Aún no había podido reflexionar sobre la desaparición de su esposa, pero en principio se sentía aliviado.

—Después de todo, nuestra boda fue un fraude. Ella nos hizo creer que tenía dinero para salvar Dozmare, y apenas bastó su fortuna para aplazar unos vencimientos. ¡Fue un engaño! Y además, se entregó a Allen como si fuera una cualquiera, la muy zorra...

David Rachel era un cobarde egoísta. Era un vividor pasivo y sin carácter.

Se levantó de la cama para poner algo de música. Tenía un buen equipo de sonido en un ángulo del cuarto. Estaba levantando la tapa cuando la cristalera de la ventana se abrió violentamente, como empujada por un fuerte golpe de viento.

David se volvió, murmurando:

—Parece que empieza otra tormenta...

No había pensado en la ventana, en que podía llegarse a ella trepando por la fachada, cubierta de gruesos troncos de hiedra canadiense. David no pensaba demasiado en ninguna ocasión.

Sin el menor recelo se dirigió hacia la ventana. Las cortinas se agitaban por el viento. Cuando estaba cerca de ella, las cortinas se apartaron con fuerza.

David Rachel se detuvo, abriendo mucho los ojos. Durante unos instantes, la sorpresa le salvó del espanto. Aquello era tan increíble, tan imposible, que el señor de Dozmare contempló al recién llegado casi con curiosidad, sin la menor alteración.

Pero aquello duró solo unos instantes. De golpe, su cerebro recibió el impacto de la terrible monstruosidad de aquel ser enorme, que vestía restos de ropas correspondientes a una criatura humana, pero que parecía una figura deforme, modelada por una artista enloquecido.

Y empezó a gritar, a retroceder, tratando de asir el rifle.

Torpemente cogió la colcha, tirando de ella, con lo que consiguió que el arma cayera al suelo, al otro lado de la cama. David seguía gritando. Gritaba también cuando recibió un golpe en el pecho, que le envió hasta un rincón.

El golpe contra el muro le dejó sin respiración. Bill gruñía con fuerza, agitaba las manos, y movía su espantosa cabeza, dominado por una furia que en él era terrible.

Su mano derecha aferró algo. Era un atizador de la chimenea. Una pieza antigua y pesada.

David chilló agudamente al ver alzarse el hierro, y se cubrió la cara con las manos, para protegerla del golpe.

Pero el hierro no golpeó su cara. Se hundió en su pecho con terrible violencia, atravesando el cuerpo de lado a lado.

David apartó las manos. En su rostro había ahora un gesto de estupefacción. Miró el hierro clavado en su pecho, y al que Bill aún sujetaba por el pomo. Luego miró a su agresor, a aquel ojo increíble, que parecía dotado de una luz especial.

David se mantenía en pie pese a la terrible herida, y Bill tiró del hierro, arrancándolo. El hierro brotó del cuerpo de David cubierto de sangre, de la misma sangre que saltó después con fuerza de la herida.

David Rachel lanzó entonces un alarido, y todo su cuerpo se estremeció sacudido por un espantoso dolor. Tras llevarse las manos al pecho, empezó a inclinarse hacia delante, gritando sin cesar.

Sonaron unos golpes en la puerta del cuarto. Golpes y gritos. El monstruo volvió la cabeza, moviéndose con brusquedad.

Después miró a su víctima, que se tambaleaba. Y hundió de nuevo el hierro en su cuerpo, una y varias veces, como si clavara el cuchillo de

trinchar en un asado.

Fueron varios golpes que destrozaron terriblemente aquel cuerpo, del que brotaba la sangre a chorros. David estaba aún en pie cuando recibió el último. Un brutal mazazo en la cabeza. El hierro abrió su cráneo y lo separó en dos, hasta la misma frente.

David Rachel cayó al fin, sin vida.

Fuera, en el corredor, Virginia, que había sido la primera en llegar, llamaba a voces a su hermano, golpeando la puerta. Susan y un criado aparecieron después. El criado temblaba y se había convertido en una inutilidad por el miedo. Solo repetía:

—¡Esos gritos, esos gritos...!

—¡Abra esa puerta, imbécil, derríbela de una vez! ¡David, David! — llamaba Virginia.

Allen llegó también aturdido por la bebida, preguntando qué había sucedido. Virginia lanzó sobre él una mirada de sospecha. Pero aquella puerta cerrada hacía dudoso que Allen hubiera podido penetrar en la habitación. De todos modos le gritó, acusadora:

—¡Has sido tú! ¡No sé cómo lo has podido hacer, pero has sido tú! ¡Abre esta puerta, deprisa!

Allen golpeó la madera con un hombro. La puerta resistía.

—¡Ábrela! ¡Salta el cerrojo, como hiciste en el pabellón de caza!

El criado y Clayman insistieron en su intento de forzar la puerta, sin conseguirlo. Virginia, sollozando, gritó:

—¡Subiremos por la ventana, a David le ha sucedido algo horrible!

Echó a correr hacia la escalera. Los otros se quedaron en el corredor, atacando la puerta.

Capítulo 12

POR fin la puerta cedió, y los dos hombres que cargaban sobre ella cayeron en el interior del cuarto.

El criado, hombre más ligero, rodó sobre la alfombra, y cuando pudo detenerse estaba al pie de la cama, muy cerca del cadáver de David, que aún se estremecía, mientras terminaba de desangrarse.

El hombre abrió mucho los ojos, mirando la cara de David Rachel. El atizador de la chimenea continuaba hundido en su cabeza, brutalmente separada en dos. El hombre suspiró y luego quedó quieto. Acababa de desmayarse.

Allen tuvo más ánimo. Apoyándose en la cama, murmuró:

—Susan... no entres, por favor...

Susan no le hizo caso. Lanzó una mirada sobre el cadáver de David, sobre el enorme charco de sangre en las paredes, en los muebles. Se inclinó para alzar el rifle que había quedado caído en la alfombra. Su palidez era intensa, pero en sus ojos brillaba una alegría ofensiva. Cuando Allen se volvió hacia ella, Susan bajó la cabeza, diciendo:

—Es horrible. Verdaderamente... parece la obra de un loco.

—¡De un monstruo! ¡El mismo que mató a Lisa! Ahora Virginia no podrá acusarme. ¡Tiene que estar en la habitación! ¡Dame ese arma y sal; voy a buscarlo!

Susan no le dio el arma. Se limitó a señalar la ventana.

—No lo busques, seguro que ha huido por aquí. Ayudándose de la hiedra. No es difícil. Yo misma podría hacerlo. David no solía cerrar su puerta de este modo. Parece que temía algo.

—Sí; Virginia sabe que Lisa murió, cree que yo la maté, y piensa denunciarme, a menos que le dé mucho dinero. Imaginé que aquí iba a encontrar una familia y solo encontré enemigos que me odian.

Susan le sonrió.

—Todos no. Yo te amo, Allen.

Él la miró con agradecimiento.

—Sí, perdona. Pero ahora no podemos hablar de eso, delante del cadáver de David. ¡Pobre, cómo le han matado! Ahora Virginia me acusará también, dirá que pude salir por la ventana y subir corriendo. Ella me tiene cogido. ¿Por qué cometeríamos la tontería de esconder al cadáver de Lisa? Eso es lo que podría enviarme a la cárcel.

Susan seguía sonriéndole.

—Virginia no te podrá acusar de nada, Allen. No podrá arruinarte. Virginia no va a molestarte nunca más.

Él no se dio cuenta del significado de las palabras de Susan. El criado estaba despertando y le ayudó a salir del cuarto.

★ ★ ★

La desnuda bombilla que colgaba de un cable, daba una triste y miserable luz al barracón donde se guardaban los aperos del jardín.

Desde que fuera preciso despedir al jardinero, nadie en Dozmare usaba los aperos y el polvo lo cubría todo. Las ratas de campo se habían adueñado de los rincones, y corrieron chillando cuando la luz fue encendida.

Virginia no se inmutó, no le asustaba prácticamente nada, solo esperó unos segundos, para que las ratas tuvieran tiempo de esconderse.

Estaba desconcertada. Trataba de recordar cuánto tiempo había transcurrido desde que oyera el último grito de su hermano, hasta que Allen Clayman apareció a su lado.

—Sí, él es fuerte y rápido. Por lo demás, David pudo seguir gritando mucho después de ser atacado, si es que no ha muerto. Es evidente que el australiano está tratando de salvar su piel o su dinero, pero no va a conseguirlo. No me importa que haya acabado con David. Mientras yo quede con vida, tendré Dozmare, y tendré su dinero.

Tocó la pistola de la que no se separaba. Y se impacientó.

Lo que buscaba en el barracón era una escalera de mano, para poder adosarla al muro y llegar hasta la ventana del cuarto de su hermano.

La escalera estaba allí, era ligera, de aluminio. En el centro había un gran carretón de madera, que ella pensaba poner algún día en el jardín, con plantas en su interior, como decoración. Era enorme y pesado, tanto, que ningún jardinero aceptaría empujarlo.

Virginia aferró la escalera. No era pesada, pero resultaba difícil de manejar por su largura. Virginia la dominó, alzándola del suelo y disponiéndose a salir de la barraca.

Entonces una rata chilló, muy cerca de ella. Y luego otras varias la imitaron. Estaban corriendo de un lado a otro, como enloquecidas. Como rabiosas. ¿Por qué, si su actitud normal era el hacerse invisibles ante la presencia humana?

Virginia soltó la escalera, volviéndose. De pronto en la barraca el aire parecía haberse vuelto irrespirable. La mujer advertía la presencia de algo inquietante, capaz de trastornar a unos animales tan inteligentes y astutos como eran las ratas de campo.

Alzó la pistola, creyendo comprender. El miedo, por primera vez en su vida, se estaba apoderando de ella.

—¿Eres tú? —dijo—. ¿Allen? ¿Me has seguido? ¿Esperas sorprenderme? Te advierto que tengo la pistola. No seas necio. No me importa si has matado también a David. No me importa nada, mientras yo me quede con Dozmare. No te arriesgues a recibir un balazo en el corazón.

Estaba allí, en la sombra. La maldita bombilla, cubierta de telarañas, apenas dejaba ver algo. Virginia cogió con la mano izquierda un mango de herramienta que estaba a su alcance, y, levantándose, empujó un poco la bombilla.

La bombilla inició un movimiento pendular, lanzando su amarillenta luz de un extremo a otro de la barraca. Con aquel movimiento, todas las sombras se movían, se alargaban y deformaban.

Pero aun así, le permitió ver a aquel que había entrado en la barraca y que aguardaba en la sombra.

La luz le, envolvió por un momento. Virginia no gritó, no dijo nada, no se movió. El segundo movimiento de la bombilla dejó en la oscuridad al visitante. Un instante solamente. Y Virginia murmuró:

—Ha sido... un efecto de sombras, no he podido ver eso tan horrible, no...

La bombilla se alejó de nuevo y la luz llegó otra vez al lado opuesto.

Virginia volvió a verlo. ¿Era un hombre? Era algo espantoso, terrible, y de quien se desprendía una sensación de peligro, una especie de frío mortal.

—No... Están tratando de asustarme. No comprendo cómo, pero yo... no voy a permitir que me intimiden. ¡Puede irse, es inútil, no conseguirá nada!

Bill avanzó, y entonces quedó permanentemente bajo la luz de la bombilla. Tan solo el carretón de madera le separaba de Virginia.

La mujer podía verle ahora perfectamente. Su cuerpo enorme y deformado por bultos y anormalidades óseas, tenía una vaga forma humana. Pero la cabeza no. La cabeza era como una pesadilla, como la cabeza de un bestial dios de una religión primitiva, de algún dios del mal.

Virginia murmuró:

—Entonces... lo que decía Allen... era cierto, este es el asesino del bosque, y ha debido salir del mismo infierno...

Bill avanzó más. Virginia se sentía desfallecer, el pánico la dejaba sin respiración, la proximidad del monstruo le producía como mareos. Era algo horrible y, al mismo tiempo excitante. El miedo en una mujer como

ella producía una extraña sensación casi agradable.

Pero no gritaba. Se limitaba a temblar. Luego empezó a alzar la pistola. Tenía una fuerte impresión de ridículo. Aquel arma de tan pequeño calibre, resultaba grotesca ante un enemigo como aquel monstruo que la miraba con su único ojo inyectado en sangre.

—¡Vete! —ordenó Virginia—. ¡Vete, o te meteré una bala en la cabeza! ¡Vuelve al horror, de donde hayas salido!

Bill puso sus manos sobre el borde del carretón. La visión de aquellas manos tan bellas y regulares atrajo la mirada de Virginia aliviando, por un momento su pánico. Mientras las miraba, las manos se apretaron sobre la madera. Luego empujaron el carretón.

Virginia parpadeó, sin comprender. Su acostumbrada vivacidad estaba disminuida. El carretón se movió un poco, para después lanzarse con rapidez, sobre las pesadas ruedas, hacia el muro.

¡Hacia el muro en el que Virginia se apoyaba!

La mujer despertó de su momento de debilidad, y quiso apartarse pero ya era demasiado tarde. El borde del carretón, la gruesa tabla, golpeó su pecho, haciéndole difícil la respiración. Luego el carretón quedó quieto, aprisionándola contra el muro. Por encima de él, el monstruo la miraba sin moverse. Podía percibir su respiración profunda, y también el olor nauseabundo que se desprendía de su horrible persona.

—Usted... querrá algo, yo se lo daré... pero aparte el carretón, me está haciendo daño, por favor... —suplicó la mujer.

Sus brazos habían quedado aprisionados, no podía disparar la pistola, que se deslizó de su mano cayendo al suelo.

Bill lanzó un gruñido ronco, amenazador, mientras lentamente, sin mucho esfuerzo, volvía a empujar el carretón.

Virginia abrió la boca, desorbitó los ojos. ¡Aquella gruesa tabla que oprimía su pecho, estaba cortando el paso del aire a sus pulmones! Quiso decir algo, pero la presión aumentaba, y cuando al fin su cerebro ordenó a la garganta que lanzara el grito, que pidiera ayuda, ya no tenía aire para producir la voz.

De sus labios brotó solamente un gemido, un estertor. El carretón se movía lentamente, avanzaba de nuevo para aplastar el pecho de Virginia. Estallaron las costillas, hundiéndose en los pulmones, y produciendo un espantoso dolor a la mujer.

Virginia se estremecía, abría los ojos con horror, trataba de hundirse en la pared. Pero el dolor llegó al cerebro, como un latigazo eléctrico y su boca se torció brutalmente.

Un poco de sangre apareció en sus labios. Luego en los orificios de la nariz. El carretón se movió otro poco y la caja torácica se reventó, con un ruido como de maderas quebradas, de ramas desgajadas.

Los huesos atravesaron los tejidos, asomaron por los costados, entre

fuentes de sangre. Virginia movía los ojos aún, y su rostro reflejaba el más espantoso de los dolores, el pánico más absoluto.

Luego la sangre llenó su boca, y empezaron a brotar por ella vísceras sanguinolentas. Otro golpe, y el pecho de Virginia era completamente aplastado contra el muro, machacado, convertido en un amasijo de sangre, huesos y tejidos desgarrados brutalmente.

La cabeza de Virginia cayó hacia delante, después de lanzar un último suspiro, iba a quedar allí, de pie contra el muro, aplastada por el carretón en el cual pensaba colocar un día macetas con geranios, con petunias, con tulipanes...

Capítulo 13

BILL Wilson caminaba con la torpeza que le iba dominando por

momentos. Su penosa enfermedad continuaba destruyéndolo lentamente. Acabaría por convertirlo en un montón de carne incapaz de moverse.

Delante de él iba Susan Fuller, que conservaba el rifle de David, aunque no sabía para qué. Susan sonreía feliz. Era completamente feliz.

Mientras, Allen se tranquilizaba de la terrible impresión recibida bebiendo con los criados. Y también era feliz, en el fondo, porque se sentía liberado de culpa, ya que, mientras morían los Rachel, él había estado acompañado. Además, Virginia ya no podría someterle a su chantaje.

Susan había dicho que iba tratar de encontrar al asesino, y, por inverosímil que pareciera, nadie se había prestado a acompañarla. Ni siquiera Allen.

Recogió a Bill en el bosque. El salió a su encuentro, produciendo aquella especie de ruido que quizá fuera la forma de demostrar igualmente su felicidad.

—Eres muy bueno, Bill. Has matado a las personas malas que querían hacerme daño. Eres muy bueno.

El tocó su cara. Susan cerró los ojos. Había visto a Virginia en el barracón y tenía miedo. Pero luego se dominó. Bill no era un peligro para ella. Le encadenaría en su sótano y jamás volvería a soltarle.

Aceleró el paso. Prefería que Bill la siguiera a cierta distancia, no quería tenerle a su espalda. No podía saber lo que sería capaz de hacer.

Iban por atajos. Pronto vieron la choza de la madre de Susan. Había una luz en ella. Siempre dejaba una luz, aunque durmiera.

—Estará borracha, como siempre. Ahora, cuando tenga a Allen y su dinero... le diré que compre Dozmare a los albaceas... y llevaré a mí madre a nuestra casa. Que Wilson busque alguien para cuidar de su monstruo. ¡O que le cuide él mismo!

Le dijo a Bill que esperase. Bill se ocultó entre los árboles, dócilmente, mientras ella abría la puerta de la choza.

Su madre estaba, como siempre, echada en el catre, cubierta con trapos, oliendo a alcohol. Había una caja de cerveza a su lado, latas vacías por todos sitios.

—¡Mamá! ¡Escucha tengo buenas noticias para ti! ¡Muy buenas! ¡Vas a salir de aquí, te llevaré a una clínica para que te curen el alcoholismo, y después...!

La tocó. La mujer no se movía, no roncaba ni resoplaba como era su costumbre, Susan se inclinó sobre ella, volviéndola. Fue cuestión de segundos adivinar la verdad. Los ojos vidriosos de su madre, la boca abierta, azulada, la lengua inflamada... Estaba muerta. Un ataque de alcoholismo, seguramente una asfixia. Estaba muerta...

Susan quedó desconcertada. Su madre había sido siempre un poco extraña para ella. Fue cuidada desde niña por otras personas. Y, sin embargo, sentía verdadera angustia al verla muerta.

—Morir de este modo. Aunque... era como si estuviera buscando este final.

Cerró los ojos de su madre, suavemente. Luego se separó del catre, saliendo de la choza.

Bill lanzó una especie de gemido, como para recordarle su presencia. Susan lo miró, distraída, hablando para sí.

—Tú... pequeño monstruo... mi madre ya no te necesita, ya no necesita el dinero de tu padre para comprar más alcohol. Y en cuanto a mí, tampoco me eres útil. Ya tengo a Allen Clayman, nadie me lo va a disputar.

Bill estaba entre los árboles, buscando, como siempre, la oscuridad. Pero su espantosa cabeza blanqueaba sobre la negrura. Susan alzó el rifle.

—Verás, nadie va a poder cuidarte ya, y aún podrían complicar de algún modo a Allen en las muertes de Dozmare. En cambio si te encuentran a ti, Bill, todo quedará explicado. Es un acto de caridad, Pobrecito, estás destruyéndote día a día. Seguramente tendrás un final espantoso. ¿Me comprendes?

Bill volvió a repetir el sonido apagado, casi infantil.

Susan apretó el gatillo. El rifle, para cazar venados, tenía un gran retroceso. Pero ella sabía usarlo. Encajó el golpe de la culata y, moviendo el cerrojo con rapidez, hizo un segundo disparo.

Las dos balas alcanzaron a Bill Wilson. En el pecho.

El monstruo transformó su leve gemido en un ruido ronco. Luego, cuando se produjo el tercer disparo, que le entró por el ancho y aplastado cuello, el ruido se trocó en terrible alarido.

Bill empezó a caminar, mientras Susan retrocedía, un poco pálida, pero aún firme. La joven no se asustaba fácilmente. Su bello y delicado rostro conservaba su encanto, el gesto siempre amable y bondadoso.

Hizo otro nuevo disparo, apuntando con cuidado, y Bill se detuvo.

Estaba disparando con balas poderosas. Cuando le vio detenerse y dudar, moviéndose con indecisión, ella se echó a reír.

—¡Adiós Bill, has sido mi más fiel amante, mucho más fiel que Allen! ¡Pero yo quiero a Allen y a su dinero, y no a ti, pobre monstruo!

Apretó de nuevo el gatillo. La bala hizo saltar una parte de la cabeza de Bill Wilson y la sangre bajó por su rostro como una cortina.

Entonces, y cuando ya estaba prácticamente muerto, Bill lanzó un grito, y de su horrible boca brotaron unas palabras roncadas y confusas. Las primeras que pronunciaba en su vida. Y las últimas.

—¡Me has engañado! ¡Tú, tú también!

Susan dio un golpe al cerrojo del arma. Todavía sonreía. Y mientras miraba, por un instante, el rifle, Bill se echó sobre ella, derribándola.

Susan cayó de espaldas, gritando, ordenando a Bill que se alzara, porque no podía resistir su peso.

Las manos de Bill, que otras veces, acariciaron el rostro de la joven, su pelo, descendieron ahora hasta su cuello.

Y empezaron a presionar.

Susan, con los ojos muy abiertos, gritó, desesperada:

—¡No, Bill! ¡No, a mí no! ¡No...!

Pero las manos de Bill continuaban cerrándose. La cabeza de la joven se ladeó de pronto, cuando su nuca se quebró. Bill mantuvo las manos sobre su cuello mientras agonizaba. Murió sin apartarlas de allí.

★ ★ ★

Todas las ventanas estaban cerradas. Los criados habían sido despedidos por el administrador judicial. Solo quedaban dos guardianes en Dozmare. Ellos fueron quienes pusieron las maletas en el gran «Bentley» de Allen Clayman.

El joven les hizo un ademán de despedida, y luego se alejó con su silencioso coche, por el camino bordeado de pequeños matorrales con flores amarillas, Tornasoles, malvas rosas, fucsias...

Dozmare quedaba atrás, entre el bosque. Al pasar cerca de las tierras de Wilson, pudo oír el lejano ruido del gran torrente. Y Allen, el débil y egoísta Allen Clayman no quiso volver la cabeza.

FIN

